

REVISTA EUROPEA

TOMO UNDÉCIMO

PRIMER SEMESTRE DE 1878



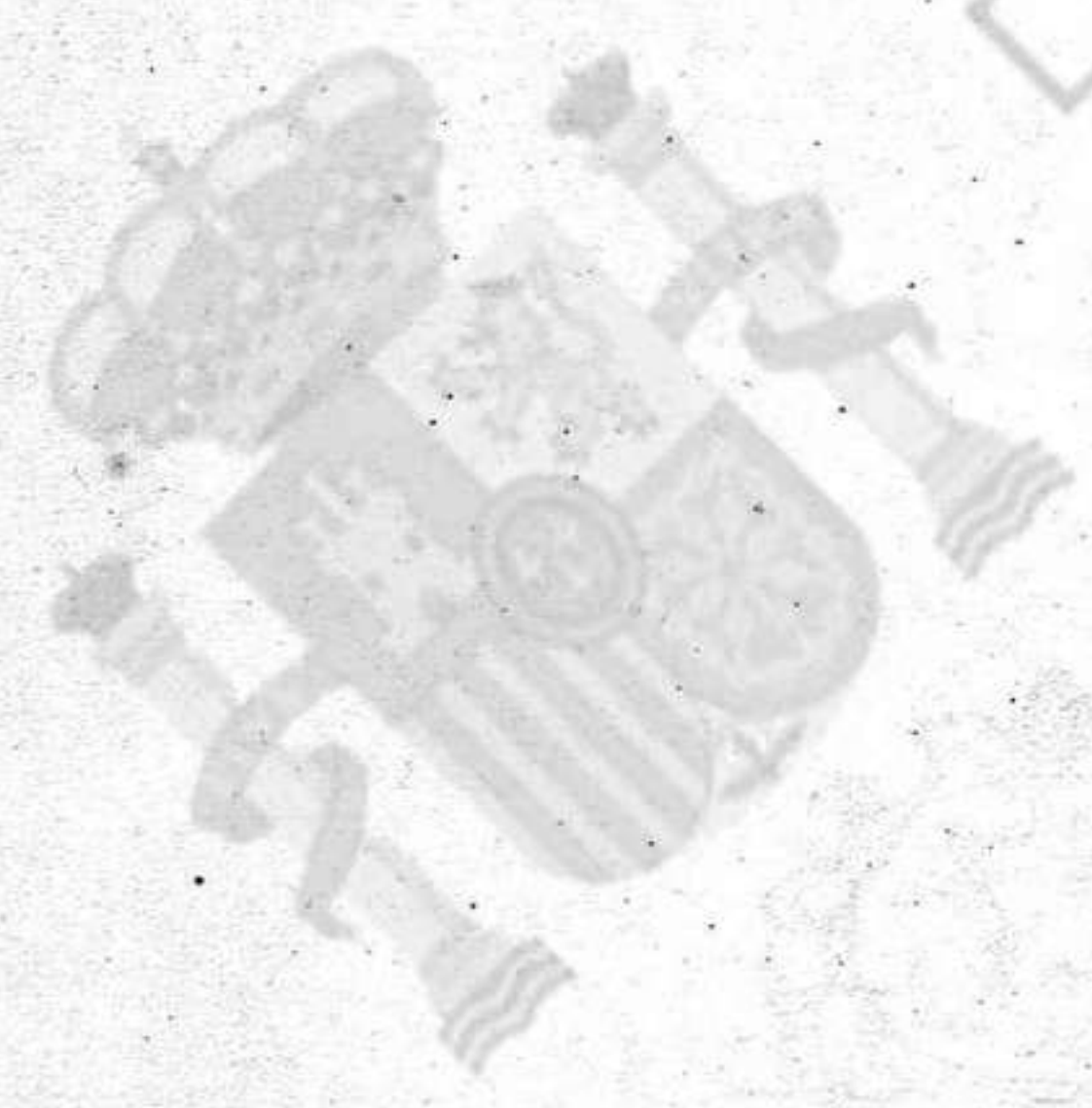
MADRID
REDACCION Y ADMINISTRACION
CALLE DE LA AMNISTÍA, NÚM. 12.

Establecimiento tipográfico, Caños, 1.

REVISTA

EUROPEA

MINISTERIO
DE CULTURA



REDAZIONE

ÍNDICE DEL TOMO UNDÉCIMO.

- Alas** (Leopoldo).—El mártir de la duda.—230.
- Alcalde Prieto** (Domingo).—El ateísmo moderno.—197 y 260.
- Alvarez Perez** (José).—Un drama en el desierto.—23, 59, 91, 125, 183, 233, 316, 345, 478, 511, 600, 635, 666, 696, 727, 758, 793 y 813.
- Aramburu** (Félix).—El juramento cumplido.—670, 703 y 756.
- Araujo Sanchez** (Ceferino).—¿Es posible pintar el verdadero retrato de Don Quijote?—246.
- Azcárate** (Patricio de).—Leibnitz.—769.
- Balaca y Gilabert** (Luis).—A Diana.—378.
- Barine**.—Desarrollo del sentido del color.—545.
- Baumgarten**.—Publicaciones españolas sobre la historia del siglo xvi.—366, 433 y 492.
- Beraud**.—El yo y sus cambios, considerados como principio de la filosofía.—577.
- Bernard** (Claudio).—Las definiciones de la vida.—225.
- Division de los fenómenos de la vida.—Hipótesis vitalistas y materialistas.—321.
- Determinismo fisiológico.—513.
- Blanchard**.—La fisiología de los insectos.—417.
- Blasco** (Eusebio).—Los pasajeros del Behera.—692.
- Boisier** (Carlos).—Las ciudades desconocidas de la Siria.—536.
- Cabello y Madurga** (Pedro).—La instrucción de sordo-mudos.—650, 689, 717, 740, 779 y 804.
- Calvo Muñoz** (Francisco).—El trabajo nacional.—221.
- Caro**.—El pesimismo en el siglo xix.—1, 33, 73, 145 y 175.
- Chatin**.—Morfología general de los órganos de los sentidos.—353.
- Cidad y Sobron** (Félix).—Recuerdos de América.—Yucatan.—180.
- Cotarelo** (Arturo).—Bibliografía militar.—606.
- Domet de Vorges**.—El reino humano.—257, 302, 335 y 421.
- Fastenrath** (Juan).—El poeta y naturalista Alberto de Haller, y los méritos de los suizos respecto á la literatura alemana.—150.
- El conde Guillermo de Schaumburgo-Lippe.—278.
- El escritor Juan Jacobo Guillermo Heinse.—575.
- El publicista y estadista Justo Möser.—715.
- Nicolás Copérnico.—808.
- Fernandez y Gonzalez** (Modesto).—La crisis industrial.—626.
- Flint** (Roberto).—Kant y la filosofía de la historia.—673 y 737.
- García** (Pedro de Alcántara).—Los juegos de la infancia bajo el punto de vista de la educación.—97.
- García Alonso** (Enrique).—Una reforma del Código penal. El suicidio.—Contestacion al artículo del Sr. Salvá.—425 y 469.
- García Barzanallana** (José).—La Cámara de los comunes en Inglaterra.—357 y 390.
- Gidel**.—La Grecia moderna.—51.
- Guijarro** (Ricardo).—Lágrimas.—224.
- Haeckel**.—La teoría de la evolución en sus relaciones con la filosofía natural.—65 y 102.
- Herbert Spencer**.—La ciencia social.—Los fundamentos de la sociología.—161, 204, 236, 298, 331, 362, 396, y 460.
- Hernandez Guasco** (Andrés).—Trombas ó sifones marinos.—8.
- Jimeno Agius** (José).—El comercio exterior de Filipinas.—452.
- Tres censos de población.—583.
- Los ferro-carriles en la India inglesa.—776.
- Joly**.—La especie orgánica, considerada bajo el punto de vista de la taxonomía.—486.
- Las formas transitorias de las especies.—773 y 871.
- Leon**.—La liqüefacción de los gases permanentes y los experimentos de M. L. Cailletet.—677.
- Linares** (Augusto G.).—La morfología de Haeckel.—32 y 61.
- Medina** (Ricardo de).—El transvaal.—Africa del Sur.—615.
- Milne-Edwards**.—La fisiología del cerebro.—449.
- Moja y Bolivar**.—Un buen Juan, poema.—11.
- Moya** (Miguel).—El coche.—330.
- Navarro Reverter**.—Las creencias del obrero.—83 y 114.
- Necrología**.—Claudio Bernard.—288.
- Olmedilla** (Joaquin).—Las habitaciones.—18.
- Palacio Valdés** (Armando).—Los oradores del Ateneo:
- D. Gabriel Rodriguez.—21.
- D. Emilio Castelar.—120 y 154.
- Los novelistas españoles:
- Fernan Caballero.—241.
- D. Benito Perez Galdós.—335 y 400.
- D. Pedro Antonio de Alarcon.—465.
- D. Juan Valera.—519 y 593.
- D. Manuel Fernandez y Gonzalez.—659.

- D. Francisco Navarro Villoslada.—712.
- La economía política cristiana.—293.
- La moda. Apuntes económicos.—418.
- Parejo (Leopoldo).**—Un sueño.—29.
- Estudio bibliográfico sobre el libro "Sueños del alma."—128.
- Paulhan (Federico).**—El sentido comun.—Ensayo de explicacion fisiológica.—289.
- Paz (José Antonio).**—Ayala.—571.
- Peña y Goñi (Antonio).**—Ricardo Wagner.—498.
- Quarterly Review.**—Los jesuitas.—481, 555 y 609.
- Quesnel.**—Las supersticiones y tradiciones populares de los chinos.—705.
- Richet (Cárlos).**—Los venenos de la inteligencia.—516, 561, 586, 619 y 653.
- El asco y sus causas.—679 y 747.
- Robles (José de).**—La phylloxera vastatrix.—495 y 523.
- Rodriguez Correa (Ramon).**—La coqueta.—179.
- Salvá (Melchor).**—Una reforma del Código penal, —El suicidio.—326.
- Santa Ana (Luis).**—El castillo de Kautzcer.—55.
- La vanidad.—89.
- El canto del cisne.—158.
- Las campanas de mi aldea.—220.
- La niña enferma.—315.
- El capullo de rosa.—415.
- Viento de otoño.—510.
- Historia de un minuto.—757.
- El farol número catorce.—825.

- Seco y Shelly (Manuel).**—Mater dolorosa.—477.
- Seebohm (Federico).**—Sobre la historia del sistema económico de Inglaterra.—641.
- Solsona (Conrado).**—Consuelo, comedia del señor Ayala.—445.
- La novia del boticario.—639.
- Torres-Solanot (vizeconde de).**—Espiritistas españoles del siglo XVII.—551.
- Tyndall.**—La generacion espontánea.—129, 193 y 264.
- Ugarte y Suarez Sacristan.**—La posada de la vida.—819.
- Utor (Luis María).**—Errores y preocupaciones en agricultura.—42.
- Vega Olmedo (Telmo).**—El puritanismo en las instituciones de los Estados- Unidos de la América del Norte.—231.
- Vidart (Luis).**—Estudios sobre la historia militar de España.—30, 189 y 607.
- Villa-amil y Castro (José).**—Una catedral.—413
- X.**—Teoría del valor.—69, 105, 134 y 167.
- El concepto verdadero del valor.—211.
- El valor y la riqueza.—249, 270, 305 y 339.
- Distribucion de la riqueza.—370, 405, 439, 504, 526, 568, 597, 630 y 663.
- Proteccion y libre cambio.—722 y 754.
- Crédito.—787 y 811.
- Miscelánea.**—Crónica general.—Teatros.—En todos los números.
- Bibliografía.**—Anuncios.—En todos los números.



REVISTA EUROPEA.

NÚM. 202

6 DE ENERO DE 1878.

AÑO V.

EL PESIMISMO EN EL SIGLO XIX.

Un precursor de Schopenhauer, Leopardi.

Será verdad que el mundo sea malo, que haya un mal radical, absoluto, invencible en la naturaleza y en la humanidad, que la vida sea el don funesto de un poder malévoló ó la manifestación de una voluntad irracional; será verdad, en una palabra, que la existencia sea una desgracia, y que la nada vale más que el sér? Estas proposiciones suenan de un modo extraño en los oídos de los hombres de nuestro tiempo, aturridos por el ruido de su propia autoridad, orgullosos con justicia de los progresos de la industria y de la ciencia, y cuyo temperamento, medianamente elegiaco, se acomoda perfectamente á una existencia prolongada sobre esta tierra, á las condiciones de trabajo que les son impuestas y á las sumas de bienes y de males que les han tocado. Existe, sin embargo, esta filosofía que maldice la vida, y no sólo se manifiestan en algunos libros brillantes como un desafío lanzado al optimismo científico é industrial del siglo, sino que se desenvuelve por la misma discusión y se propaga por un contagio sutil entre ciertos espíritus á quienes turba. Es una especie de enfermedad intelectual, pero una enfermedad privilegiada, concentrada hasta ahora en la esfera de la alta cultura, de la cual parece ser una especie de refinamiento morboso y de elegante corrupción.

Se ha hablado aquí en diversas ocasiones de estas teorías del pesimismo, á propósito de los sistemas de Schopenhauer y de Hartmann, de los cuales constituye la parte moral. No volveremos á empezar lo que ya está hecho. Querramos colocarnos en otro punto de vista. La cuestión merece ser profundizada en sí misma y generalizada, aparte de las formas doctrinales que le impone la nueva filosofía alemana ó de la explicación metafísica que ella se propone. Existe aquí algo como una crisis intelectual y literaria á la vez, que traspasa los límites de un sistema.

Trataremos de analizarla en algunos grandes objetos de estudio, de observar sus analogías á través de los medios más diferentes, y por el exámen de las formas comparadas y de los síntomas, remontarnos hasta el origen de este mal esencialmente moderno. Un estudio semejante, es más de curiosidad psicológica que de utilidad práctica. No es mucho de temer que esta filosofía sea nunca otra cosa en Europa, que una filosofía excepcional y que la humanidad civilizada se abandone un día á la seducción mortal de estos consejeros de la desesperación y de la nada. Pero esta excepción merece ser analizada con cuidado, en razón misma de los autores que la han prestado un lugar en la ciudad de las ideas, ciudad muy confusa y discordante, mas de un interés inagotable para el observador.

I

Hemos dicho que el pesimismo era un mal esencialmente moderno: es preciso entenderse. En todos los tiempos ha habido pesimistas, ó lo que es igual, hay un pesimismo contemporáneo de la humanidad. En todas las razas, en todas las civilizaciones, algunas imaginaciones poderosas fueron preocupadas por lo que hay de incompleto y de trágico en el destino humano, dando á este sentimiento la expresión más conmovedora y más poética. Grandes crisis de tristeza y de desesperación han atravesado los siglos, acusando la decepción de la vida y la suprema ironía de las cosas. Este desacuerdo del hombre con su destino, la oposición de sus instintos y de sus facultades con el medio en que vive, la naturaleza hostil ó malévolá, los azares y las sorpresas de la suerte, el hombre mismo, lleno de duda y de ignorancia, sufriendo por su pensamiento y por sus pasiones, la humanidad entregada á una lucha sin tregua, la historia llena de los escándalos de la fuerza, la enfermedad en fin, la muerte, la separación violenta de los seres que más se aman, todos estos sufrimientos y estas miserias forman como un clamor inmenso que resuena desde el fondo de las conciencias, en la filosofía, en la religión, en la poe-

sía de los pueblos. Mas estas quejas ó estos gritos de insurreccion, por profundos y apasionados que sean, son, por lo general, en las razas y en las civilizaciones antiguas accidentes individuales: expresan la melancolía de su temperamento, la gravedad triste de un pensador, los trastornos de un alma bajo el golpe de la desesperacion; no expresan, para hablar con propiedad, una concepcion sistemática de la vida, la doctrina de la renuncia del sér. Job maldice el dia en que ha nacido: «El hombre que nace de mujer vive pocos dias llenos de miserias;» pero Jehovah habla, deshace la duda ingrata, la injusta queja, la vana protesta de su servidor, lo levanta iluminándolo y lo salva de sí mismo. Salomon declara «que está enojado de la vida viendo todos los males que se encuentran bajo el sol, y que todas las cosas son vanidad y afliccion para el espíritu:» (1) mas seria una interpretacion bien superficial la que no quisiera ver en esta triste poesia del *Ecclesiaste* otro aspecto que el de la desesperacion, sin percibir al mismo tiempo el contraste de las vanidades de la tierra que disgustan un alma grande, con los fines más altos que la atraen, y como la antítesis eterna que resume todas las luchas del corazon del hombre, sintiendo su miseria en la embriaguez de sus alegrías y buscando encima de sí lo que debe desvanecer su hastío.

Análogos sentimientos se encuentran en la antigüedad griega y romana. Se han observado rasgos de profunda melancolía, lo mismo en Hesiodo y Simónides de Amurgos, que en los coros de Sófocles y Eurípides, que en Lucrecio y Virgilio. De la Grecia ha partido esta queja conmovedora. «Lo mejor para el hombre es no nacer, y cuando ha nacido, morir joven.» Mr. de Harmann no ha dejado de sacar un pasaje de la *Apología*, en que Platon le proporciona una imagen expresiva para comprobar la proposicion fundamental del pesimismo, de que el no sér es preferible al sér: «Si la muerte es la privacion de todo sentimiento, un sueño sin ensueños, ¡qué gran ventaja será morir! Porque, que cualquiera elija una noche así pasada en un sueño profundo que no haya turbado ningun ensueño, y que compare esta noche con todas las noches, y todos los dias que han llenado el curso entero de su vida; que reflexione y que diga en conciencia

cuántos dias y cuántas noches ha tenido en su vida más felices y más dulces que ésta: estoy persuadido de que no tan sólo un simple particular, sino el mismo rey de Persia, encontraria un número bien pequeño y bien fácil de contar.» Aristóteles ha notado con profunda observacion, que hay una especie de tristeza que parece ser la compañera del génio. Trata la mentira como fisiólogo; mas no se podrá decir, bajo otro punto de vista, completando su pensamiento, que la altura á que se eleva el génio humano no sirve mas que para mostrarle con más claridad la frivolidad de los nombres y la miseria de la vida? Recordaremos, en fin, que hubo en Grecia como una escuela de pesimismo abierta por el famoso Hegélias, tan elocuente en sus sombrías pinturas de la condicion humana, que recibió el nombre de *Peisithanatos*, y que fué preciso cerrar su escuela para evitar á sus oyentes el contagio del suicidio. El fondo de esta amarga filosofia, que no conocemos sino por algunas frases de Diógenes, Laercés y de Ciceron, permanece muy oscuro; es bastante difícil averiguar si este consejero, harto persuasivo de la muerte, predicaba á sus discípulos el desprecio de la vida considerada en sí ó sólo en comparacion de la vida futura, la muerte como una emancipacion ó como un progreso.

Resulte lo que quiera de esta singularidad filosófica, queda bien sentado que este género de sentimientos es raro entre los antiguos, y es un grave error del poeta del pesimismo, de Leopardi, el haber querido persuadirnos en pró de su causa, de que el pesimismo se hallaba en el génio de los grandes escritores de Grecia y Roma: sistema ó error, este punto de vista borra alguna vez en él el sentido tan penetrante y tan fino que tiene de la antigüedad. Nada más quimérico que esta Safo, meditando sobre los grandes problemas:

.....*Arcano é tutto*

Fuor che il nostro dolor.....

Ya no es la inspirada sacerdotisa de Vénus la que aquí habla; es una blonda alemana que sueña con un Werther desconocido, y exclama: «Todo es misterio, exceptuando nuestro dolor.» Con el mismo sentido, y bajo el imperio de la misma idea, Leopardi fuerza la interpretacion de las dos frases célebres de Bruto y de Theophrastes en el instante de morir; el uno, renegando de la virtud por la que muere; el otro, re-

(1) *Ecclesiastes*, II, 17.

negando de la gloria por la que ha olvidado vivir. Aun suponiendo que estas palabras sean auténticas, y que no hayan sido recogidas en alguna vaga leyenda por Diógenes, Laerces y Dion Casio, no podían tener, de ningún modo, en la boca que las ha pronunciado, la significación moderna que les atribuye un comentario demasiado sutil é ingenioso. Por otra parte, Leopardi se corrige á sí mismo, entra en la verdad de la historia moral de las razas y de los tiempos, cuando dice de pasada en la misma obra, «que el origen de estos pensamientos dolorosos, poco esparcidos entre los antiguos, se encuentra siempre en el infortunio particular ó accidental del escritor ó del personaje puesto en escena, imaginario ó real.» Mas dá frecuentes mentís á esta observación tan justa. El fondo de la creencia antigua es que el hombre ha nacido para ser feliz, y que cuando no logra serlo, es por culpa de alguna divinidad envidiosa ó por una venganza de los dioses. Lo que domina entre los antiguos es el gusto de la vida y la fe en la felicidad terrestre que persiguen con terquedad: cuando sufren parecen despojados de un derecho.

M. de Hartmann señala con rasgos precisos esta idea del optimismo terrestre que rige el mundo antiguo (judío, griego, romano). El judío añade un sentido temporal á las bendiciones del Señor: la felicidad para él, es que sus graneros estén llenos, y sus lagares no puedan soportar el vino (1). Sus concepciones de la vida nada tienen de trascendentales, y para llamarle á este orden superior de pensamientos y de esperanzas, es preciso que Jehovah le hable por sus profetas ó le avise castigándole. La conciencia griega, después que ha agotado la noble embriaguez del heroísmo, busca la satisfacción de esta necesidad de dicha en los placeres del arte y de la ciencia, se complace en una teoría estética de la vida (2). La existencia es el primero de los bienes; recuérdese la frase de Aquiles en la *Odisea*, hallándose en los infiernos: «No trates de consolarme de la muerte, noble Ulyses: quisiera más cultivar como mercenario el campo de un pobre hombre, que reinar sobre toda la muchedumbre de las sombras.» Dice también el *Eclesiastes*: «Más vale un perro vivo, que un león muerto (IX, 4).» La república romana introduce ó desenvuelve

un elemento nuevo; ennoblece el deseo de la felicidad, trasportándola, señalando al hombre ese objeto todavía humano, pero superior, al cual el individuo debe inmolarse; la felicidad de la ciudad, el poderío de la patria. Hé aquí, salvo algunas excepciones, los grandes móviles de la vida antigua: las bendiciones temporales en la raza de Israel, los goces de la ciencia y del arte entre los griegos; entre los romanos el deseo de la dominación universal, el sueño de la grandeza y de la eternidad de Roma. En estas diversas civilizaciones no hay lugar sino por accidente para las inspiraciones del pesimismo. El ardor viril en el combate de la vida en estas razas enérgicas y nuevas, la pasión de las grandes cosas, el poder y el candor, vírgen de las grandes esperanzas que la experiencia no ha destruido el sentimiento de una fuerza que no conoce aun sus límites, la conciencia reciente que la humanidad acaba de adquirir de sí misma en la historia del mundo, todo esto explica la fe profunda de los antiguos, en la posibilidad de realizar aquí abajo la mayor suma de felicidad. Todo esto se halla en contraposición con esta moderna teoría que parece ser la triste herencia de una humanidad decrepita, la teoría del dolor universal é irremediable.

En cambio, y por contrastar con el mundo antiguo, no es posible negar que existen influencias y corrientes pesimistas en el seno de la doctrina cristiana, ó al ménos en ciertas sectas que la han interpretado. ¿Puede dudarse, por ejemplo, de que tal pensamiento de Pascal ó tal página de las *Veladas de San Petersburgo* no deben ocupar un lugar como ilustraciones de idea ó de estilo al lado de los análisis más amargos de la Filosofía de lo Inconsciente ó entre las canciones más desesperadas de Leopardi? Esta aproximación no parecerá forzada á los que saben que el pesimismo del poeta italiano ha revestido desde un principio la forma religiosa. Existe en el cristianismo un aspecto sombrío, dogmas temerosos, un espíritu de austeridad, de abnegación, hasta de ascetismo, que sin duda no es toda la religión, pero que es una parte esencial de ella, un elemento radical y primitivo anterior á las atenuaciones y á las enmiendas que la imponen sin cesar las complacencias del yo ó los desmayos de la fe. Por otra parte, cada cual hace un poco la religión á su imagen y la imprime el sello peculiar de su espíritu. El cristianismo,

(1) Proverbios III 10.

(2) Filosofía de lo Inconsciente.

visto exclusivamente de este lado y bajo este aspecto, como una doctrina de expiación, como una teología de lágrimas y de espanto, puede muy bien herir las imaginaciones enfermas é inclinarlas á una especie de pesimismo. No está lejos, en efecto, esta manera de comprender el cristianismo del jansenismo. La naturaleza humana corrompida, la perversidad radical puesta al desnudo, la incapacidad absoluta de nuestras facultades para lo verdadero y lo bueno, la necesidad de distraer este pobre corazón que quiere huir de sí mismo y de la idea de la muerte agitándose en el vacío, y sobre todo esto el perpétuo pensamiento del pecado original que arroja sobre esta miserable alma con sus consecuencias más extremadas y más duras, la union continua y casi sensible del infierno, el pequeño número de los elegidos, la imposibilidad de salvacion sin la gracia,—¡y qué gracia! «no sólo la gracia suficiente que no basta,»—por último, este espíritu cruel de mortificación, este desprecio de la carne, este terror al mundo, la renuncia de todo lo que constituye el precio de la vida, un cuadro semejante extraído de las *Provinciales* y de los pensamientos, era muy propio para agradar al futuro autor del *Bruto minore* y de la *Ginestra*, en sus sombrías meditaciones de Recanati. Pero esta analogía de sentimientos no dura. ¿Quién no percibe la diferencia entre las dos inspiraciones desde que se entra en una conversacion familiar con el alma grande de Pascal tan dolorida y tan tierna? El pesimismo de Pascal tiene por fondo una ardiente y activa caridad; quiere atemorizar y consternar al hombre. ¡Pero qué profunda piedad en esta violenta lógica! Cierra todas las salidas á la razon, mas es para llevarla de un vuelo recto al Calvario y transformar estas tristezas en eterna alegría. Tortura su génio para descubrir nuevas demostraciones de su fe; se diria que sucumbe bajo la responsabilidad de las almas que no ha podido convencer, de los espíritus que no ha iluminado.

Lo mismo sucede bajo cierto aspecto, aunque por diferentes razones, con lo que podria llamarse el terrorismo religioso de José de Maistre. Es muy cierto que á primera vista parece una especie de pesimismo esta lúgubre apología de la Inquisicion, este dogma de la expiación, aplicado á la penalidad social, esta teoría mística y feroz del sacrificio sangriento, de la guerra considerada como institucion providencial, del

cadalso colocado en la base del Estado. El corazón se encoge ante el espectáculo de la vida humana, presa de poderes formidables, y de la sociedad sometida á un yugo de hierro bajo un amo, que es un Dios terrible, servido por ministros sin compasion. Pero este aparato de terror no puede resistir un instante de reflexion. Bien pronto se advierte que todo esto son paradojas de combate, apologías y afirmaciones violentas, opuestas á los ataques y á las negaciones de otros. José de Maistre es más bien un polemista que un apologista del cristianismo; la batalla tiene sus arrebatos; la elocuencia, la retórica, tienen tambien su embriaguez en medio de la lucha; á M. de Maistre le arrastran sin que tenga fuerzas para gobernarlas. Los argumentos no le bastan, los lleva hasta la hipérbole. Es un gran escritor á quien falta un poco de razon, un gran pintor que abusa del efecto: su pesimismo tiene un valor extremado.

En vano se buscaria en la historia del cristianismo, salvo quizá en algunas rectas gnósticas, nada semejante á esta nueva filosofía. En la India es donde el pesimismo tiene sus verdaderos abuelos; así lo reconoce él mismo y se vanagloria de ello. La afinidad de las ideas de Schopenhauer con el budihismo ha sido mostrada con frecuencia. Nosotros no insistiremos sobre este punto; recordaremos tan sólo que el pesimismo ha sido fundado en la noche solemne en que sentado bajo la higuera de Gaja, meditando sobre la miseria del hombre y buscando los medios de libertarse de estas existencias sucesivas, que no eran más que un cambio sin fin de miserias, el jóven príncipe Çakya exclama: «Nada es estable sobre la tierra. La vida es como la chispa producida por el frotamiento de la madera. Aparece y se extingue sin que sepamos de dónde viene ni á dónde va.

...Debe de haber una ciencia suprema, en la cual podriamos encontrar el reposo. Si yo la alcanzase podria llevar á los hombres la luz. Si yo fuera libre podria libertar al mundo... ¡Ah! desgraciada juventud, que la vejez ha de destruir. ¡Ah! desgraciada salud, que tantas enfermedades destruyen. ¡Ah! desgraciada vida, en la cual el hombre permanece tan pocos dias!... ¡Si no hubiera vejez, ni enfermedad, ni muerte! ¡Si la vejez, la enfermedad y la muerte fuesen para siempre encadenadas!» Y la meditacion continúa extraña, sublime, desolada. «Todo fenómeno

no es vacío, toda sustancia está vacía; fuera no hay mas que el vacío." Y tambien. "El mal es la existencia; lo que produce la existencia es el deseo; el deseo nace de la percepcion de las formas ilusorias del sér. Todos estos son efectos de la ignorancia. Así, pues, la ignorancia es, en realidad, la causa primera de todo lo que parece existir. Conocer esta ignorancia es al mismo tiempo destruir los efectos (1)." La ciencia suprema es la ignorancia cuando cesa de engañarse á sí misma. Es al mismo tiempo la libertad suprema, la cual posee cuatro grados recorridos sucesivamente por el Buche moribundo: conocer la naturaleza y la vanidad de todas las cosas, abolir en sí el juicio y el razonamiento, alcanzar la indiferencia, llegar, en fin, á la desaparicion de todo placer, de toda conciencia, de toda memoria. Aquí es donde comienza el nirvana: toda luz se extingue, es la noche, la nada; pero la nada se consume únicamente en la más alta esfera del nirvana, donde no existe ni aún la idea de la nada: ni ideas, ni ausencia de ideas, nada.

"El mal es la existencia," hé aquí la primera y la última palabra del pesimismo. Hé aquí el extraño pensamiento en el cual se abstrae en este momento algun piadoso indio, buscando la huella de los pasos de Çakya-Monni sobre el mármol del templo de Benares. Hé aquí el problema sobre el que meditan vagamente á estas horas millares de monjes budhistas en la China, en la isla de Ceylan, en la Indo-China, en el Nepal, dentro de sus conventos y de sus pagodas, ébrios de sueños y de contemplaciones infinitas. Hé aquí el texto sagrado que sirve de alimento intelectual á todos estos anacoretas á todos estos sacerdotes, á todos estos teólogos del *Triptaka* y del *Lotus de la buena ley*, á estas multitudes que piensan y que oran en torno suyo, y que se cuentan por cientos de millones. Tal es tambien el lazo misterioso que une estos pesimistas del extremo Oriente, desde el fondo de los siglos y á través del espacio, á estos filósofos refinados de la Alemania contemporánea, que despues de haber atravesado todas las grandes esperanzas de la especulacion, despues de haber agotado todos los sueños y todas las epopeyas de la metafísica, vienen saturados de ideas y de ciencia á proclamar la nada de todas las cosas, y repiten con sábia desesperacion la frase de

un jóven príncipe indio, pronunciada hace más de veinticuatro siglos en las orillas del Ganjes: "El mal es la existencia."

Ahora se comprende en qué sentido y hasta qué punto la enfermedad del pesimismo es una enfermedad esencialmente moderna. Es moderna por la forma científica que ha tomado en nuestros dias, es nueva en las civilizaciones del Occidente. ¡Qué cosa tan extraña es este renacimiento del pesimismo budhista al que asistimos, con todo el aparato de los más doctos sistemas, en el corazon de la Prusia, en Berlin! Que 300 millones de asiáticos beban á grandes sorbos el ópio de estas fatales doctrinas que enerban y embotan la voluntad, es ya muy extraordinario; pero que una raza enérgica, disciplinada, tan admirablemente constituida para la ciencia y para la accion, tan práctica, y al mismo tiempo tan calculadora, belicosa y dura, lo contrario seguramente de una raza sentimental; que una nacion formada de estos robustos y vivos elementos, haga una acogida triunfal á estas teorías de la desesperacion, resucitada por Schopenhauer, que su optimismo militar acepte con cierto entusiasmo la apología de la muerte y de la nada, es cosa que á primera vista parece inexplicable. Y el éxito de la doctrina nacida en las márgenes del Ganjes, no se detiene en las orillas del Spreo. La Alemania entera tiene fija su atencion en este movimiento de las ideas. La Italia con un gran poeta se habia adelantado á la corriente; la Francia, como veremos, la ha seguido hasta cierto punto: tambien tiene sus pesimistas. La raza eslava no ha escapado á esta extraña y funesta influencia. Mirad esa propaganda desenfrenada del nihilismo, de la cual se asusta, no sin razon, la autoridad espiritual y temporal del Czar, y que esparce por toda la Rusia un espíritu de negacion desvergonzada y de fria inmoralidad. Mirad, sobre todo, esa monstruosa secta de los Skopsy, de los mutilados que "haciendo, como dice Leroy-Beaulier, un sistema moral y religioso de una práctica degradante de los harems del Oriente, materializando el ascetismo y reduciéndolo á una operacion quirúrgica," proclaman por este vergonzoso y sangriento sacrificio, que la vida es mala y que es conveniente secar la fuente de ella. Esta es la forma más degradante del pesimismo; pero es tambien su expresion más lógica. Es un pesimismo para uso de las naturalezas groseras y arrebatadas

(1) Max Muller.—Ensayo sobre las religiones.

que van derechas al fin del sistema, sin detenerse en las inútiles elegías y en las elegantes bagatelas de los espíritus cultos que pasan la vida lamentándose.

II

Observemos de más cerca la filosofía moderna del pesimismo, y tratemos de recoger sus primeros síntomas en el siglo XIX. La ocasión se nos presenta con la publicación de los profundos estudios que jóvenes escritores como M. Bouché-Leclercq y M. Anlard, han consagrado en estos últimos años á Leopardi, y que dando novedad sobre ciertos puntos al asunto (1) nos permiten comprender mejor el carácter de su obra. Agradezco á M. Anlard el haberse aplicado á poner de relieve el pensamiento del filósofo, borrado con frecuencia por los pálidos resplandores del poeta y el lirismo del patriota. Hubiera deseado todavía más atrevimiento y decisión en el desempeño de esta idea. ¿Qué importa que Leopardi sea ménos dogmático que los filósofos alemanes, que no tenga sistema y que su pesimismo derive de una negación universal en vez de ser la deducción de una teoría metafísica? ¿No es la ausencia de todo sistema, un sistema también que ha figurado en el mundo, pues es el de los excépticos? Se nos dice que Schopenhauer ha querido fundar escuela y que en efecto la ha fundado, mientras que Leopardi, aunque habla varias veces de «su filosofía» no escribe para propagar su doctrina. ¿Quién lo sabe? ¿Por ventura, un hombre poeta ó filósofo, escribe para otra cosa que para esparcir sus ideas, y no es propagarlas el expresarlas con tanto brillo y con tanta fuerza? Aquellas son razones muy endeblés. Lamento que el joven autor, hallándose en camino de un problema tan interesante no lo haya resuelto; pero nos ha dado facilidad para resolverlo por la rica variedad de documentos

(1) *Giacomo Leopardi, su vida y sus obras*, por M. Boucher-Leclercq.—Un capítulo de los *Ensayos sobre Italia*, por M. Gebhart.—*Ensayo sobre las ideas filosóficas y la inspiración poética de G. Leopardi seguido de obras inéditas*, etc., por M. Anlard.—No olvidemos que en este asunto, como en tantos otros, M. de Sainte-Renne había abierto el camino por medio de un trabajo magistral publicado en la *Revista de dos mundos* el 15 de Setiembre de 1844, y recordemos que nuestro colaborador Mazade ha consagrado un estudio de una simpatía muy decidida á los *Sufrimientos de un pensador italiano*, en la *Revista* de 1.º de Abril de 1861.

que nos ofrece, las traducciones y los comentarios que ha coleccionado y que nosotros vamos á aprovechar.

¿Por qué el capítulo titulado Leopardi y Schopenhauer, no es más que un capítulo episódico, uno de los más insignificantes del libro en vez de ser el más importante? En estas páginas harto breves, trataremos de mostrar que ha existido producción casi simultánea de las mismas ideas en el poeta italiano y en el filósofo alemán, sin que pueda observarse ninguna recíproca influencia del uno sobre el otro. Precisamente en el año de 1818, mientras que en el retiro de su soledad amarga y enojosa de Recanati se presentaba en el alma de Leopardi esa fase tan grave que le hacía pasar casi sin transición desde el cristianismo á la filosofía de la desesperación, fué el mismo año en que Schopenhauer partía para Italia después de haber entregado á un editor su manuscrito de *El Mundo considerado como voluntad y como representación*. El uno, confinado en la pequeña ciudad que servía de cárcel á su ardiente imaginación; el otro impaciente de la celebridad que debía tardar aun veinte años, igualmente oscuros ambos, seguramente no se encontraron; es también cierto que Leopardi no leyó jamás el libro de Schopenhauer, que no debía propagarse hasta mucho más tarde aun en Alemania, y que Schopenhauer no conoció hasta mucho tiempo después, si es que llegó á conocerlo, el pesimismo de un escritor que Niebuhr había dado á conocer á sus compatriotas como un helenista, y que en Francia no era entonces apreciado más que como un poeta patriota.

En cuanto á la cuestión de saber si Leopardi tiene derecho á ser colocado entre los filósofos, basta comparar la teoría de la *infelicidad*, con lo que se ha llamado «la enfermedad del siglo», la enfermedad de Werter y de Jacobo Urtis, la de Lara de René y de Rolla (1). Se ha hablado con poco fundamento del pesimismo de lord Byron ó del de Chateaubriand; este no es, bien considerado, más que una forma del romanticismo, el análisis idólatra y morboso del yo del poeta, concentrado respetuosamente en sí mismo y contemplándose hasta que se produce en él una especie de éxtasis doloroso de embriaguez, dan-

(1) M. Bouche-Leclercq, ha tocado con acierto este punto interesante en varios pasajes de su obra sobre todo, pág. 75-76.

do gracias á Dios, «de haberle hecho fuerte y solitario (1)», oponiendo su sufrimiento y su aislamiento á los goces de la multitud grosera, pagando á este precio su grandeza y esforzándose en hacer de la poesía un altar digno de la víctima.

La antigüedad, que en este punto era del sentir de Pascal, odiaba al *yo*, y lo proscribía: las costumbres, de acuerdo con el gusto general, á duras penas permitían estos desahogos de una personalidad llena de sí misma, y aficionada naturalmente á dar demasiada importancia á sus tristezas y alegrías. Los dioses, los héroes, la patria, el amor, sin duda también, pero en la expresión de sus sentimientos generales no en el análisis de los incidentes biográficos, hé aquí el fondo de la poesía antigua; la poesía personal es rara. Esta fuente de inspiración tanto tiempo comprimida, ha brotado en nuestro tiempo, ya se sabe á qué altura y con qué abundancia.—De este culto, alguna vez extravagante, del *yo*, ha salido el lirismo contemporáneo con sus grandezas y sus pequeñeces, sus inspiraciones sublimes y sus infatuaciones; de ahí todos estos dolores literarios que han agitado tan profundamente, conmovido toda una generación, y que las nuevas generaciones, con su educación científica y positiva, la cuesta trabajo tomar en serio. Pero estas altaneras ó elegantes tristezas nada tienen de filosóficas, no proceden de una concepción acerca del mundo y de la vida; salidas del *yo*, tornan á él, en él se encierran y en él se complacen con un delicado orgullo: se guardarían, como de una profanación, de compartirlas con el vulgo. No es la humanidad la que sufre, es el poeta, es decir, una naturaleza excepcional. Para que semejantes sufrimientos puedan ligarse á una teoría filosófica, no tanto les hace falta sinceridad y profundidad, como la generalidad del sentimiento en que se inspiran. El pesimismo, por el contrario, no hace del dolor un privilegio, sino una ley: no crea una aristocracia de desesperados. La sola superioridad que reivindica para el genio es la de ver con claridad lo que el vulgo siente de un modo confuso. La existencia entera la dedica á la desgracia, y esta ley de padecer la extiende del hombre á la naturaleza, de la naturaleza á su principio, si es que lo hay y puede conocerse. El mal subjetivo po-

dria no ser más que un accidente insignificante en el mundo: el mal objetivo es lo que hace ver el mal impersonal absoluto, que reina en todos los grados y en todas las regiones del ser. Esto sólo puede ser una filosofía: lo demás es literatura, biografía ó novela.

Ahora bien: aquello es lo que caracteriza la teoría de la *infelicità* en Leopardi. Ha sufrido, sin duda mucho, de todas maneras, por desgracias físicas, que pesaron de un modo muy fuerte sobre su juventud, y por una salud arruinada que arrastró á través de su vida como una amenaza perpétua de muerte, por ese hastío desesperado que le consumió en la pequeña ciudad de Recanati, por la pobreza de la cual conoció los más humillantes sinsabores y, sobre todo, por esa sensibilidad nerviosa que trasformaba en suplicio intolerable las menores contrariedades, y á más de esto las amarguras de la ambición fracasada, las decepciones todavía más amargas de un corazón enamorado del amor y que no pudo percibir de él más que el fantasma.—Sí, es mucho lo que ha sufrido. No obstante, su teoría no es únicamente, y él no consiente que se vea en ella la expresión de sus sufrimientos: si procede de una experiencia, es de una experiencia generalizada; se transforma en un conjunto de conceptos razonados y enlazados acerca de la vida humana.

Es preciso ver cómo el filósofo, que Leopardi nota dentro de sí, se defiende por no haber lanzado en el mundo más que el grito de un dolor íntimo, como teme exponer su corazón dolorido á la curiosidad pública, con qué orgullo rechaza la limosna de las simpatías que no ha solicitado y que le avergüenza. «No es más que por un efecto de la cobardía de los hombres que necesitan ser persuadidos del mérito de la existencia, por lo que se han querido considerar mis opiniones filosóficas como el resultado de mis sufrimientos particulares, y se atribuya á mis circunstancias materiales lo que es debido sólo á mi entendimiento. Antes de morir quiero protestar contra esta invención de la debilidad y de la vulgaridad, y suplicar á mis lectores que traten de combatir mis observaciones y mis razonamientos, mejor que acusar á mis enfermedades (1).» Que exista un enlace entre las desgracias de esta vida y la dura filosofía en que se refugió el poeta

(1) Alfredo de Vigny, *Moisés*.

(1) Carta á M. de Sinner.—24 Mayo 1832.

como en un último asilo, no ofrece ninguna duda; no es posible separar la figura acongojada de Leopardi del fondo monótono de sus pinturas y de sus doctrinas (1); pero es preciso reconocer que por un esfuerzo meritorio de libertad intelectual, borra, hasta donde es posible, sus recuerdos personales para la solución que da al problema de la vida. Eleva esta solución á un grado de generalidad en que comienza la filosofía; su pesimismo es un pesimismo sistemático y no la apoteosis de su miseria. Por un rasgo que quisiéramos poner bien en claro, se distingue perfectamente de la escuela de los líricos y desesperados, en la cual se ha querido introducirle; no tiene mas que un parentesco muy lejano con los Rolla, que le han reclamado por hermano; los sobrepuja por la altura del punto de vista cósmico, al cual se eleva; ha querido ser filósofo, ha merecido serlo; lo es.

Juzguémosle, pues, como él desea ser juzgado, y veamos con qué exactitud la teoría de la *infelicidad*, esparcida en todas las poesías, recuerda ó, mejor dicho, anuncia las inspiraciones de la filosofía alemana contemporánea.

E. CARO.

Trad. de A. P. V.

(Continuará.)

TROMBAS Ó SIFONES MARINOS

SUS CAUSAS.

Uno de los meteoros más imponentes, á la par que, en ciertas ocasiones, terrible y hasta el presente no muy bien observado, es la tromba ó sifon marino.

Y decimos esto, primero: porque su aspecto siniestro determina el asombro en el ánimo del mayor número de personas que lo contemplan, sobre todo, por primera vez.

Segundo: porque, aunque sea susceptible de ocasionar sérios desastres, es, por fortuna, las más de las veces inofensivo.

Tercero y último: porque todos los autores, á lo ménos los que han llegado á nuestras manos, incluso Benoit y Peltier, que se han ocupado de semejante meteoro, ó se hallaban preocupados en el acto de practicar sus observaciones, ó lo efectuaban á considerable distancia del sitio en donde te-

(1) M. de Anlard traspasa lo justo cuando toma al pié de la letra la protesta de Leopardi y examina, bajo este punto de vista, para refutarla, lo que él llama la leyenda dolorosa, formada por sus biografías.

nia lugar el fenómeno, ó bien, que es lo más probable, se dejaron guiar por referencias vulgares, las más de ellas contradictorias entre sí, y que no conducen á otra cosa que á sepultar la verdad en los tenebrosos antros del más profundo abismo.

La tromba ó sifon, impropriamente llamado así, no absorbe, ni atrae, ni traga, como muchos suponen: infinitos son los buques de menor porte que se han visto rodeados á cortísima distancia de cinco, seis y más sifones á la vez, sin que ellos ni sus tripulantes experimentasen otro perjuicio que la natural zozobra de contemplarse envueltos por un formidable enemigo que, en determinadas circunstancias, puede ocasionar, respecto á las embarcaciones, averías de suma consideración.

Tampoco, cuando recorre espacios más ó ménos considerables, lo efectúa en forma de chimenea, ni de enorme serpiente, retorciéndose en terribles convulsiones y lanzando rayos y descargas eléctricas á diestro y siniestro, como no falta quien se complace en contar.

La columna de fuego, de que nos habla Peltier, y que, según dicen, en 26 de Agosto de 1826, atravesó el distrito de Carasona, y, arrasando los campos, lo asoló todo á su paso, podría ser otro meteoro, pero de ningún modo la consabida tromba ó sifon marino, como se ha querido suponer.

La tromba ó sifon, no hay duda ninguna, que á veces recorre espacios más ó ménos considerables, envuelve, arrastra, levanta, arroja, destroza, vuelca en su carrera todo lo que se opone á su paso, y no es susceptible de resistir su poderoso y violento empuje, pero no absorbe ni traga, y en aquellos casos, como verán más adelante, ha dejado de ser sifon, es decir, ha abandonado su forma primitiva, y á no mediar el ruido sordo que produce su movimiento de rotación y traslación, los estallidos resultantes de sus choques contra cuerpos más ó ménos resistentes que interceptan su marcha, y que pueden, á veces, confundirse con el estampido de un fusil, y el polvo y objetos ligeros que levanta y acompañan en su carrera, sería imperceptible para nuestros sentidos, y no lo advertiríamos hasta hallarnos envueltos en su foco.

Entre las varias trombas de esta naturaleza que hemos presenciado, pues son bastante comunes en los mares que nos cercan, citaremos una que se formó en el interior de nuestro puerto, la cual, al desatarse, derribó gran parte de la cortina posterior del convento de monjas, y arrojó al agua varios botes y lanchas que se hallaban sobre el muelle.

Las causas de este meteoro son atribuidas por unos á dos vientos encontrados, y por otros á una *tension* eléctrica considerable.

Nosotros sentimos mucho no poder participar

de ninguna de entrambas opiniones; pero antes de emitir nuestro parecer acerca del particular, permítasen s'exponer las circunstancias que preceden á la formacion de toda tromba ó sifon, cómo éste empieza á formarse, prosigue, y, por último, concluye.

Precede siempre á la aparicion de una tromba ó sifon una calma completa, el barómetro baja considerablemente mientras asciende el termómetro, y se nota pleamar en la costa; todo lo cual indica aumento de temperatura y suma rareza de la atmósfera.

Una nube densísima de color muy oscuro, que parece como enclavada en un punto por su inmovilidad, á causa de la calma que reina, y cuya pesadez la mantiene muy próxima á la tierra, es la destinada á formar el sifon.

Debajo de esta nube acontece todo lo contrario de lo que acabamos de manifestar; el barómetro asciende mientras baja el termómetro, y experimentando igual presión las aguas que se hallan bajo su influencia, determina aquella la agitacion del mar que, para restablecer su equilibrio, desde un diámetro considerable viene á arremolinarse hácia aquel punto, en donde simula como una especie de hervidero.

Así las cosas, la superficie inferior de la nube empieza bien pronto á descender en forma de cono invertido, más ó menos regular, y el agua, hácia donde dirige su vértice, á elevarse, no en figura cónica de posicion opuesta y hasta dar vértice con vértice, como muchos pretenden, sino en forma de surtidor circular, cuyos chorros se dirigen hácia arriba, llegando en ciertas ocasiones á ascender á la altura de la mitad del cuerpo del sifon, que ocupa el centro, para volver á precipitarse en virtud de su propio peso, de la misma manera que se efectúa cuando soplamos con fuerza verticalmente, por medio de un cono hueco invertido, sobre una cofaina llena de agua.

Creemos oportuno consignar aquí, que segun la direccion y reflejo de los rayos solares, los indicados chorros toman, con alguna frecuencia, la apariencia de un tubo de cristal, en el cual se ven subir y bajar vapores, que no son otra cosa que agua pulverizada por la violenta presión ejercida por el meteoro, y que, despues de elevarse bajo su impulso, se precipita de nuevo, obedeciendo las leyes de gravedad,

Haciendo caso omiso, por el escaso interés que ofrecen, de un sin fin de trombas, que apenas asoman para desvanecerse luego, y de otras muchas cuyo desarrollo no llega á completarse, diremos que la mayor parte de los sifones, despues de haber efectuado la precitada operacion, que suele durar de un cuarto á media hora escasa, vuelven

á replegarse sobre sí, sin ocasionar otro desperfecto que un hoyo más ó menos profundo, que no tarda en restablecerse, cuando su accion se ha ejercido sobre el líquido, y queda más ó menos permanente, cuando ha tenido lugar sobre tierra, arena, etc.; y en tales casos, esto es, siempre que los sifones son inofensivos, el vulgo ó la buena fe dice: que han sido cortados, en virtud de haber recitado alguna buena persona el Evangelio de San Juan, y dado, al terminar, con un cuchillo dos cortes al aire en forma de cruz.

El último de que hemos sido testigos oculares, despues de haber atravesado dos veces por debajo de la nube que lo formó, ganamos tierra á la distancia de 25 metros, desde cuyo punto, y al abrigo de la entrada de una de las minas del castillo de San Felipe, pudimos observarle con toda seguridad. Su duracion sólo fué de veintitres minutos, y terminó por disolverse, arrojando la nube únicamente algun granizo.

Así como una vez observada, es fácil de conocer la nube dispuesta á producir el fenómeno que nos ocupa, no es tampoco difícil de apreciar, cuando éste amenaza producir sérios desastres.

Efectivamente, en este último caso, la nube es mucho más densa, y de un color lívido oscuro, mucho más pronunciado que la que dá lugar al sifon ordinario ó inofensivo, y descende tanto, que la parte inferior de la tromba baja á muy cortas distancia sobre el nivel del mar, ó de la tierra, si el meteoro se desenvuelve sobre este punto.

Una vez desarrollado el sifon, su vientre ó cuerpo no tarda en aumentar de volúmen, hasta adquirir un grosor considerable; y entonces la gente dice que *bebe*.

Como la dilatacion que experimenta dicho cuerpo se efectúa á expensas del espesor de sus paredes, acontece que estas terminan por romperse y dan paso á una columna de aire, que se desprende de ellas, y á favor de un movimiento giratorio y de traslacion, con una velocidad vertiginosa recorre espacios más ó menos largos, y lleva el estrago por do quiera que pase; en tanto que la nube, que contenia aquel flúido, se desata, y una lluvia torrencial acompañada, las más de las veces, de pedrisco, segun el parage á donde se precipita, viene á completar la desdicha.

No há mucho que, en uno de los prédios de estas cercanías, tuvo lugar un hecho de esta naturaleza, que sembró el terror y produjo males que, aun á costa de innumerables sacrificios pecuniarios, permanecerán indelebles por espacio de muchos años.

Si á la calma que precede á la aparicion de uno ó más sifones, la sucede, despues de formados estos, algun vientecillo, acontece que, empujadas

por éste las nubes que los formaron, les hace andar como arrastrados por ellas, y les imprime ciertos movimientos ondulatorios más ó ménos extraños; pero en tales casos no tardan en deshacerse, sobre todo, por poco que el aire arree, pues basta la conmoción atmosférica que determina un cañonazo disparado con pólvora sola, para obtener un resultado idéntico.

Cualesquiera que considere que, dicho meteoro, tiene la figura de un cono hueco invertido, ó si se quiere, cierta semejanza con un gran embudo, cuyo pabellón se pierde en la nube productora, y la extremidad delgada se aproxima más ó ménos al suelo ó á la superficie del mar.

Que para que el sifón poseyera la facultad de *absorber*, sería de todo punto indispensable que el *vacío* fuese susceptible de establecerse en su cavidad ó hueco.

Que estando formadas las paredes de aquel embudo por el vapor acuoso procedente de la misma nube, no podría practicarse el tal *vacío*, sin ser aquellas inmediatamente comprimidas por la presión atmosférica exterior, y por consiguiente reducida á la nada su cavidad.

Que, á lo ménos, por el orificio que se nota en el vértice del cono que nos ocupa, su hueco se halla en comunicación directa con el aire exterior, circunstancia, por sí sola, suficiente para imposibilitar aquella operación.

Y á lo expuesto añadimos, en corroboración de nuestros asertos: que, aunque el meteoro se haya formado sobre el mar, el agua que arroja al desatarse, es dulce como la de la lluvia ordinaria.

Que, en aquel acto, se desprende de él una gran columna de aire, que *abrigaba en su seno*.

Y por último: que, al encontrarse con dicha columna, para evitar el peligro, el único medio es tenderse en el suelo.

Se convendrá con nosotros en que es un absurdo suponer que este meteoro se haya tragado lagunas por completo con sus ranas y renacuajos, para arrojarlos después, en forma de lluvia, sobre otros sitios más ó ménos lejanos, indudablemente con el objeto de emitir explicaciones satisfactorias acerca de unas especies que, por más que consten en *letras de molde*, no son dignas de merecer el menor crédito.

A propósito, recordamos que, hará bastantes años, en una de las comarcas rurales de esta isla, después de un fuerte aguacero, aparecieron los campos materialmente cuajados de sapos. Los comarcanos creían á pié juntillas que habían caído con la lluvia. Pero el caso era que nadie los había visto caer; que todos aquellos animales estaban sanos y ostentaban mucha vivacidad, circunstancia que, al parecer, contrastaba con la

caída que habían de haber experimentado desde una altura algo más que regular; y para colmo de gracias, que en los tejados y azoteas no se encontraba siquiera sombra de tales bichos.

En vista de lo cual, nosotros presumimos que aquel suceso podía muy bien haber dimanado, de que en el verano y otoño anteriores las lluvias fueron en extremo escasas, á consecuencia de lo cual los charcos y lagunas se habían completamente secado, y que aquellos batracios se debieron desparramar en busca de su elemento favorito; que en esta situación les sorprendió el invierno, y se alejaron en los escondrijos que estuvieron más á su alcance, en donde permanecieron aletargados durante la cruda estación; vino la primavera, sus miembros entumecidos recobraron su pérdida agilidad, y á la primera lluvia que sucedió á este nuevo estado, abandonaron aquellas extrañas guaridas y salieron á disfrutar de la humedad por ellos tan apetecida.

Con todo, esto podrá no ser así; pero, sea como fuere, lo cierto, lo indudable es que la tromba ó sifón marino no absorbe, ni atrae, ni traga; por el contrario *sopla*, y con tal vehemencia, que á la presión de su soplo es debido el polvo que levanta, ó el chorro de agua que hace saltar, como también el hoyo que al desvanecerse ó desatarse deja en el punto sobre el cual ejerció su influencia; y en cuanto á la propiedad de soplar y sorber á un tiempo mismo, que alguno que otro se ha aventurado á concederle, no merece la pena que de ello nos ocupemos; baste decir, que constituye uno de los mayores imposibles.

Respecto á la causa de este meteoro, ya hemos indicado, que nosotros no estábamos conformes con los que la atribuyen á una *tensión* eléctrica, ni con aquellos que la consideran dimanada de dos vientos encontrados, pues, atendidas las observaciones que acabamos de aducir, nosotros opinamos que el desarrollo de semejante fenómeno es debido á dos temperaturas opuestas, la una en la nube donde se forma, excesivamente baja con relación á la otra que reina en lo restante de la atmósfera, y que es comparativamente mucho más elevada.

Así, pues, la nube en cuestión se ampara del calor de las capas atmosféricas más inmediatas á ella, las cuales, en virtud de esta pérdida, se condensan y precipitan; primero, como es consecuente, las contiguas á su superficie inferior, que descienden y son reemplazadas por otras, que después las siguen, y así sucesivamente vienen á gravitar sobre el líquido, y determinan en él aquella agitación, de que hemos dado cuenta anteriormente, y que se manifiesta en el mar momentos antes de aparecer el sifón.

En tanto que esto acontece en las capas inferio-

res, las superiores, esto es, las capas de aire que se alojan sobre la superficie superior de dicha nube, condensadas— como toda condensacion empieza á efectuarse por un punto, cuyo diámetro y espesor, á medida que aquella aumenta van gradualmente aumentando — dirigen su presion sobre un punto de esta nube, y á semejanza del vidriero, cuando soplando por medio del tubo trata de fabricar una ampolla, la arrastran hácia el suelo en forma de cono invertido, hasta abrirse paso en su vértice, y gravitar directamente sobre la superficie del mar ó de la tierra, produciendo los efectos que llevamos indicados y que fuera ocioso repetir.

Si al llegar á este estado, lo cual sucede las más de las veces, se restablece el equilibrio entre la nube y la atmósfera, los vapores acuosos que formaban la tromba, vuelven á ascender, replegándose hácia la nube de donde partieron y desaparece el meteoro.

Pero si, por el contrario, persisten las desigualdades mencionadas, aumenta la condensacion, y con ella las capas atmosféricas que, obedeciendo al declivio, se precipitan por el caño del sifon, cuyo conducto cede á su presion y dilata á espensas del espesor de sus paredes, hasta que al fin se rompen y desprende de ellas, con una rapidez asombrosa, la gran columna de aire que abrigaban en su seno, resultando de este repentino desprendimiento otra perturbacion en toda la nube, por la pérdida rápida de gran parte de su volúmen, la cual, no sin dejar de soltar alguna descarga eléctrica, se des hace en pedrisco y lluvia torrencial.

Como la susodicha columna de aire, en virtud de su densidad, conserva, al desprenderse de la nube, la figura de un cono más ó menos perfecto, con el vértice hácia abajo—punto en que gravita, en razon á su mayor pesadez específica y menor volúmen—y arrastrada por su propio peso se lanza, resbalando sobre la parte relativamente más resistente de la atmósfera por donde atraviesa, en direccion á la más rara ó que menos resistencia le ofrece, adquiere, como no puede ménos de ser así, aquel movimiento giratorio de que hemos hablado en su respectivo lugar, *tan anexo al de traslacion de todo cono, cilindro, esfera, etc.*; el cual, como es regular, experimenta aquellas variaciones consecuentes á los obstáculos con que aquel cuerpo eminentemente elástico, tropieza en su vertiginosa carrera, y concluye con el restablecimiento de su equilibrio.

Inútil nos parece indicar aquí, que las causas de los sifones, que apenas asoman para desvanecerse luego, como asimismo de aquellos cuyo desarrollo no llega á completarse, son idénticas á las que obran respecto á la formacion de las otras trombas de que nos hemos ocupado, pues es fácil

de comprender que tales diferencias únicamente dependen y se hallan en razon directa de la desigualdad que existe entre la temperatura de la nube y la de la atmósfera que la circuye.

Por último, debemos añadir: que de la circunstancia de ser indispensables para la aparicion de toda tromba dos temperaturas opuestas, la una en la nube donde se forma, excesivamente baja — á causa, probablemente, de proceder de puntos frios —con relacion á la otra, que reina en el restante de la atmósfera, y que es, comparativamente, mucho más elevada, dimana que este meteoro sea, por lo general, más comun en las zonas cálidas y templadas que en las frías, y aparezca en unas y otras con mayor frecuencia sobre los mares y vastos arenales que en el resto del interior; todo lo cual revela, hasta la evidencia, la exactitud de nuestros principios.

ANDRÉS HERNANDEZ GUASCO.

Mahon, Diciembre 1877.

UN BUEN JUAN.

POEMA EN VERSO Y PROSA.

CANTO PRIMERO.

Juan se moria de fastidio, y para evitarlo pensó en matarse, que no es lo mismo sufrir una muerte paulatina que acabar de golpe y porrazo. Aquella renueva á cada hora el tormento de la vida, mas con la muerte violenta no es iterable el dolor. *Finis coronat opus.* Aquí paz y despues.... la Esfinge de lo Eterno.

Escasamente se hallará por esos mundos de Dios un hombre que no haya pensado alguna vez en quitarse de en medio, ó que no haya tenido durante el curso de su existencia motivo para hacerlo; si es que dentro del humano sentir, y con relacion á nuestra miseria, hay jamás motivo para poner punto final al párrafo de la vida.

Afortunadamente para la conservacion de la especie, si son muchos los tentados, son pocos los decididos. El olvido, esa preciosa faz negativa de la memoria; la resignacion, esa virtud que podria llamarse la abdicacion de los mandrias; el deseo de vivir, el instinto de conservacion, otras cien causas más prolijas de enumerarse que difíciles de ser conocidas, impiden que un crecido contingente de desesperados ó de infelices se borre de la lista de los vivos.

La mayor parte de las veces son los dolores del alma y no los del cuerpo los que nos impulsan al crimen del suicidio. Contra los males de la materia se ha inventado la Medicina, ciencia ó arte de curar (en esto hay opiniones) que ha servido, sirve, y servirá admirablemente para hacer vivir á los médicos. Respecto á los males del alma, si es

cierto que algunos se curan por diversos procedimientos, también es verdad que otros resisten á todo tratamiento..... espiritual.

Hay, pues, desahuciados del alma y del cuerpo, siendo para los primeros el suicidio una especie de doctor Garrido que los espera en su farmacia de ultratumba.

Pero convengamos en que los que se matan por cuestiones puramente psicológicas son unos tontos que no saben vivir. Yo comprendo al mártir que, viéndose atenaceado por crueles dolores, cuyo fin no ve jamás, llega al colmo del sufrimiento, y le pone término recibiendo de la boca de una pistola el beso helado de la muerte; lo comprendo, repito, aunque lo repruebo. ¡Con cuánta más razón, por lo tanto, no he de reprobar al que padeciendo moralmente, vá, coje, y se pega un tiro, destruyendo á la vez no sólo el espíritu, sino también la materia que no entraba para maldita la cosa en la cuestión? ¡Qué tiene que ver el cuerpo? ¡Qué delito ha cometido? ¡Qué dolor le atormenta, qué infortunio le amenaza, qué pruebas le aguardan? ¡Ah! cuán sábios son los que matando el alma, nada más que el alma, dejan que el cuerpo engorde hasta que revienta de satisfacciones.

El alma puede enfermar de anemia como de plétora; lo mismo pueden faltarle el amor, la amistad, la esperanza, la idea, que sobrarle la dignidad, la energía, la consecuencia y la sindéresis. Es susceptible de recibir esas profundas heridas que otras almas infieren, asestando una traición. Tiene sus tísis correspondientes. Se afecta, padece, agoniza. Pues bien: muchos de los que llevan enfermo el espíritu, pero que saben la aguja de marear; muchos vividores, en una palabra, han resuelto el problema de una manera admirable.

Así se explica que ardientes enamorados quiten la mancha de la mora con otra verde; que inquietos analizadores de la verdad se pongan la venda de la fe, asustados de lo que vislumbran; que caracteres enteros se dobleguen ante los dispensadores de gracias; que reputaciones intachables se dejen arrastrar el mejor día por el coche del diablo, y, ¡á vivir! Esto es lo que se llama matar el alma. El cuerpo, libre ya de un *peso*, de aquella importuna que tanta guerra le movía, asiste gozoso á los funerales, y, ¡á vivir! se ha dicho.

Hay que casarse por interés; hacerse tráfuga político por medro; condescender con el error, por conveniencia; ser cómplice en algun desaguado, por tolerancia. Luego se tapa la boca á los maldicientes, desplegando ante ellos el aparato de la fortuna: se hace callar á los rectos, hablándoles de la experiencia de la vida, y probándoles que este mundo es un fandango, y el que no le baila es tonto.

Una vez muerta el alma, entra el cuerpo en plena posesión de la existencia, gozando por sí, y á nombre de la antigua compañera de glorias y fatigas, hasta que, trabajado por accidentes físicos, se agrieta, cuarteja, desnivela y derrumba, quedando reducido á un montón de polvo.

Por desgracia ó por fortuna, hay enfermedades del alma que exigen para su extirpación la muerte del cuerpo, siendo una de ellas el fastidio. Los más acreditados filósofos moralistas, que son los médicos espirituales, recomiendan para su curación el amor en grandes dosis y á todo pasto; si este remedio heroico resulta ineficaz, entonces el paciente puede darse por perdido.

Ya es llegado el momento oportuno de decir que nuestro buen Juan, el héroe del poema, muriéndose de fastidio, y habiendo decidido matarse, escribió una carta ó Manifiesto al país, concebido en los siguientes términos:

AL PAÍS.

He pensado saltarme la tapadera,
y escribir una carta de esta manera:

«A ninguno se acuse; me doy la muerte
porque el pícaro mundo no me divierte.

La rutina carcome nuestro organismo:
siempre pasa lo mismo, siempre lo mismo.

Las semanas se forman de siete días
mientras rigen antiguas cronologías.

Primavera, Verano, Otoño, Invierno
uniformes consuman su giro eterno,
y uniformes nos brindan las Estaciones
amor, baños, tristezas y sabañones.

Siempre sale de noche la triste Diana,
siempre sale la Aurora por la mañana.

Una mano se lava con otra mano.
¡Vil amaneramiento de que huyo en vano!

Me fastidia en extremo ver la Natura
funcionando con orden, peso y medida.

Es inútil pedirle peras al olmo;
el concierto del orbe llega á su colmo;
y no existe en el orbe mayor trabajo
que mirar cómo llueve siempre hácia abajo.

El amor no ha cambiado de cantinela,
según quiere Juanita, quiere Manuela:
tienen todas las hembras igual manía,
pretensión, coquetismo y ortografía.

Comer, beber, dormirse como cualquiera,
divagar bajo el peso de la chistera,
fingir ante los hombres, hacer saludos,
suprimir en visita los estornudos,
pagar cuentas del sastre, del zapatero,
discutir cien ministros de Enero á Enero,
armar con las ideas torpe balumba
cada vez que un amigo baja á la tumba,
consumir de la vida las temporadas

repitiendo las bromas enumeradas,
soportando la horrible monotonía
de ganar el pan nuestro de cada día,
tales son las delicias de este planeta
que á mi juicio no valen una peseta.
Cansado de gozarlas me suicido.
Agur. ¡Viva la muerte! *Juan Aburrido.*"

CANTO SEGUNDO.

LLOVIENDO.

(*Confidencias de un pirata callejero.*)

Cuando el sol brillante
se encapota hurraño,
y las nubes pardas
se truecan en fango
por dejar el cielo
para refrescarnos,
surgen mis deseos
como electrizados,
ruedan al abismo,
y celebran pactos
con el rey absoluto que lleva
las riendas del Báratro.

Apenas diviso
la dama de garbo,
que, pulcra, recoge
con discreta mano
la elegante falda
de crugiente raso,
brota de mi pecho
el himno encomiástico
en pro de la forma
que ensalzan los bardos,
la paleta irisada, la música,
el bronce y el mármol.

Para mis sentidos,
la que á breves saltos
esquiva impurezas
en el empedrado,
tiene una gramática
de todos los diablos.
Pié, *brevis et breve*;
trámite, acentuado;
puntos..... suspensivos;
y excelentes párrafos
que la moda releva y agranda
con un pleonasma.

Todas mis potencias
luchan con fracaso,
quedando mi espíritu
de ruinas sembrado.
Ni la fantasía

tiende el vuelo raudo,
ni el entendimiento
sabe á dónde vamos;
y el libre albedrío,
de la forma esclavo,
en sus tumbos parodia al atleta
del circo romano.

Misteriosa fuerza
de fatal encanto
me lleva á la dama
como encadenado,
á prueba de baches,
arroyos y charcos.
Arrecia la lluvia,
me mojo, me calo;
necio el transeunte
se queda mirando,
y la hermosa que atisban mis ojos
aprieta su paso.

Yo sé que navego
por mar ignorado
en pos de la dicha
que voy brujuleando;
conozco el peligro
que corre mi barco
siguiendo la estela
de un buque fantástico;
pero no si me aguarda el refugio
de algun puerto franco,
ó si al ver la region hiperbórea
me pierdo y naufrago.

Tales fueron las impresiones de Juan poco despues de dejar sobre su mesa de despacho el Manifiesto *al País*, y de lanzarse á la calle para buscar un sitio cómodo desde donde pudiera emprender el viaje á lo Infinito.

Llivia á cántaros, circunstancia enojosa para un suicida romántico, de esos que escojen escrupulosamente el lugar de la escena, se arreglan el traje y caen con gracia, á fin de que los cien gacetilleros de la prensa periódica den el mismo día, ó al siguiente, con todos sus pelos y señales, la noticia de un suicidio irreprochable, cuyas circunstancias ganen el ánimo de los lectores á favor del desgraciado, y hasta arranquen de tierno pecho de alguna lectora sentimental esta exclamacion, envuelta en un suspiro vagaroso: ¡Qué lastima de chico!

A quien tiene pensado matarse porque se aburre, una lluvia á torrentes puede ser provechosa, pues lleva en sus aguas la eficacia necesaria para apartarle del mal camino, del camino de la tumba. Esta eficacia consiste en la gran incomodidad que las lluvias causan á todo el mundo. No hay perso-

na, por muy preocupada que vaya con sus asuntos, que soporte paciente uno y otro chaparrón, sin acelerar el paso y tratar de acogerse bajo techado.

Como á Juan le importaba un ardite ponerse ó no hecho una sopa, siguió imperturbable su marcha hácia las afueras de Madrid, al azar, guiado por el capricho del Destino. Juan era llevado por una fuerza misteriosa, y parecia que sólo se concretaba á poner en movimiento su aparato locomotivo, dejando la iniciativa, la dirección del rumbo, á una entidad invisible que le guiaba.

Al cuarto de hora de marcha empezó á molestarle la pesadez de la ropa mojada que le enfriaba las carnes.

De allí á poco notó con disgusto la humedad.

Era aquella una impresión tan desagradable, que el alma de Juan, ocupada hasta entonces en divagar sobre las dichas de ultratumba, no tuvo más remedio que adaptarse exactamente al cuerpo, y sentir el frío húmedo de que estaba penetrado. El cuerpo humano las gasta así. En ocasiones permite al alma que haga una escapatoria por los espacios imaginarios, relevándola de los múltiples cargos que ejerce en el organismo. En estos casos, el cuerpo rutinario funciona por la fuerza de la costumbre; come, bebe, anda, hace otras operaciones, mientras el espíritu sutil se baña en el éter, pensando en las Batuecas empíreas. Pero sucede que al cuerpo le ocurre cualquier incidente extraordinario, y entonces es de ver como da un tiron al sutilísimo hilo fluidico, merced al cual el alma se ha elevado, como se elevan las cometas en la atmósfera, sin desprenderse de la mano de quien las retiene. El alma, al sentir el llamamiento, da un suspiro, baja rápida al cuerpo, se identifica con él, y participa de sus miserias, olvidada por completo del bienestar gozado hacia unos instantes.

Como Juan no era un suicida de tres al cuarto, ni obraba arrebatado por causa del momento; como era suicida recalcitrante, á macha martillo, lleno de convicción acerca del bienestar que el aniquilamiento subsecuente á la muerte produce, lo pensó mejor, y aplazó para otro día el golpe mortal. ¿Cómo quieren Vds. que tenga ánimos para quitarse la vida un hombre calado de agua hasta los huesos, con la ropa pegada á las carnes, sintiendo el frío molesto de una humedad de cuerpo entero?

Además, ¿quién les ha dicho á Vds. que un gran dolor, un gran disgusto físico ó moral no son, en determinadas circunstancias, causa eficiente de reacciones tanto físicas como morales?

¿Es cierto que Juan, fiado en que lo mismo da hoy que mañana, sólo se ocupó en volver grupas para ganar su domicilio y despojarse de la empapada

vestimenta, de las mojadas botas, del sombrero convertido en alero de tejado; mas por sabido se calla que apenas hubiera descansado del ajeteo con que emprendió la retirada, después de bien enjugado su cuerpo, se vestía otro traje para convertirle en propia mortaja cuando el tiempo lo permitiera.

El hado próspero lo dispuso de otro modo. El malestar originado por la lluvia reaccionó en el interior de Juan hasta el punto de obligarle á andar ligero en busca de casa, calor y comodidad. Quien ansía estas cosas no se mata, por el pronto. Quien después goza poseyéndolas, tampoco se aburre. El que no se aburre no se suicida por tedio. Hay más; Juan no las poseía mientras iba por la calle, pero sabía que dentro de quince minutos, á lo sumo, estaría arrellanado en el sillón de gutapercha de su despacho, envuelto en la floreada bata, junto á la encendida chimenea de mármol, una pierna sobre la otra, y haciendo saltar en la punta del pié libre la cómoda chinela de tafete encarnado con vivos de charol. De modo que se deleitaba de antemano con la seguridad de la posesión en un breve plazo, cuyo deleite le iba predisponiendo á recibir otra serie de agradables sensaciones muy distintas de la ingrata sensación del frío húmedo. Por ejemplo, el escarabajo de un nuevo amor, el reconcomio que le inclinaba hácia una magnífica mujer rubia que se atravesó en su camino, el prurito de seguirla hasta el fin del mundo, olvidándose enteramente del sillón, de la bata, de la chimenea, y de la chinela.

Nada más cierto. Una espléndida rubia que pasó ante su vista, recogiendo con discreta mano la elegante falda de crugiente raso, como dice una de las estrofas arriba puestas, le había flechado inconscientemente. ¿Cómo? Hagamos una metáfora en obsequio de la moral quisquillosa de algún lector ó lectora.

Supongamos que la rubia era una charada compuesta de varias sílabas. Supongamos, también, que por efecto del aguacero, la pulcra rubia, al recoger sus faldas, dejaba al descubierto alguna sílaba. Supongamos, por último, que Juan quería adivinar las demás y conocer el todo. En cuanto llevo dicho, la criminalidad, si la hay, es de Juan, y no de una dama de garbo que procura conservar limpia la hoja de higuera, heredada de su primera madre Eva. Juan era el que pecaba suponiendo depuesta la cáscara, é imaginándose cómo sería la parte mollar de aquella fruta. Después vendría la cuestión de hincarla el diente.

Como dije antes, las impresiones que Juan recibió, posteriores al frío, van de manifiesto en la canción del pirata callejero.

CANTO TERCERO.

Corria el año 187.....

El sol habia entrado ya en Aries; la Primavera se habia inaugurado oficialmente en los almanques el invariable día 20 de Marzo; no obstante, el cariz del tiempo en Madrid no tenia nada de halagüeño. Porque la Primavera es fiesta movable. De nada sirve que el año astronómico ajuste las cuentas á la Naturaleza, diciéndole el día que debe empezar á sonreirse, en qué signo ha de quemarnos la sangre, cuándo ha de ponerse romántica, y cuándo ha de sumirse en el letargo, imágen de la muerte.

Muchas veces la Naturaleza deja con un palmo de narices á la astronomía, y no empieza á sonreirse hasta fines de Abril ó principios de Mayo; otras nos quema al comienzo de Junio ó terminacion de Setiembre; maltratándonos la mayor parte de los años con los rigores invernales, sin que esté para caer el día 21 de Diciembre, época en que el invierno crudo debe tomar posesion de su destino.

Como digo de mi poema, el sol habia entrado ya en Aries el 187..... y marchaba hácia Tauro, percibiendo confusamente los balidos de aquel cornúpeta y muy claros los mugidos de éste, sin que asomara por la villa del oso y del madroño la rosada faz de la Primavera.

El cielo estaba de continuo fosco, descargando su mal humor en forma de chaparrones. Las puntiagudas brisas del Guadarrama más tiraban á pinchazos de novia enojada que á ósculos de apasionada amante. Los embozos de las capas se amoldaban aún cariñosos á los rostros.

En esta temporada fué cuando Juan vió la charada rubia, de la cual no diré que se enamoró, por que mal podia sentir tan súbitamente una organizacion tan aburrida, pero sí que se encaprichó.

En pleno invierno ¡lo que son las cosas! quizá no hubiera tenido constancia para empezar, continuar y terminar una aventura galante. Tantos son los obstáculos que la climatérica estacion suele oponer á los Tenorios al aire libre. A fin de invierno y principio de Primavera ya es harina de otro costal. Un amorio de Marzo, bien empollado, puede romper el cascaron y salir piando en Mayo, al paso que uno de Diciembre puede salir *pitando*, sin consistencia para soportar una larga incubacion.

Despues que Juan se enteró del domicilio de la rubia, á la que no tuvo ocasion de abordar por impedirlo el tiempo, se volvió á su casa.

Lo primero que vió sobre la mesa de despacho fué el Manifiesto al país; lo primero que vió en el Manifiesto fué aquello de

El amor no ha cambiado de cantinela;
Como quiera Juanita quiere Manuela.

Este pareado le sirvió de punto de meditacion durante el largo rato que pasó al amor de la lumbre, envuelto, por fin, en la bata floreada.

Consideró la naturaleza femenina, su fragilidad y ligereza, cómo todas las miras de la mujer se reducen á la satisfaccion de su vanidad, y cómo bajo una aparente mansedumbre no tienen otro objetivo que el dominio tiránico del hombre sojuzgado por el sentimiento.

Ponderó la série de molestias, riñas, rompimientos, graves males y hasta terribles desgracias que de ello se originan; sacando en consecuencia que debia perdonarse el bollo por el coscorron.

Así preparado por un saludable ejercicio de la mente, unido al somero exámen amoroso de conciencia que hizo en pocos instantes, pasando revista imaginaria á sus *trapicheos*, dedujo que la rubia habia de ser como las demás, no concurriendo en ella circunstancia excepcional visible que la apartara del resto de sus conciudadanas.

Por lo tanto, terminada la meditacion, y habiendo clareado el tiempo, se vistió para salir, salió..... é inmediatamente se dirigió hácia la casa de la rubia, con intenciones de averiguar su nombre, estado, posicion y cuanto interesar pudiere al más nímio y precavido aspirante al amor de la bella.

Porque si es verdad que la mujer es vaná, frágil, ligera y tozuda, tambien es verdad que el hombre es caprichoso é inconstante, amigo de hacer su santísima voluntad, aunque se contradiga. De cuyas premisas, un filósofo cuyo nombre se ha perdido en la oscuridad de los tiempos remotos, por más que algunos sábios afirmen y prueben especiosamente que se llamó Pero Grullo, sacó en limpio esta profunda sentencia: No hay peor gente que hombres y mujeres.

Hago gracia al lector de los preliminares entablados por Juan para la conquista de la rubia, que resultó ser soltera, pensionista, independiente, pagada de su hermosura, llena de pretensiones, y por contera romántica furiosa. Sólo diré que Juan tenia su táctica para enamorar. No era de esos que, á las primeras de cambio, espetan una declaracion por si pega. Era de los contados que indagan, averiguan, inquietan cuanto se roza con la dama de sus pensamientos, y luego de bien enterados dan el golpe.

En tales operaciones se le fué algun tiempo, de modo que, cuando decidió declararse, ya la Primavera, esa Páscoa de Resurreccion de la tierra, ejercia exclusivo imperio.

En el campo sembraban, ingertaban ó plantaban. Las rosas habian *debutado* con éxito asombroso. Infinitas larvas habian ascendido á insectos con brillantes alas. Do quier se construian ni-

dos por pájaros de cuenta que fabricaban su casita como pequeños propietarios rurales.

Los árboles, más felices que muchos hombres que no pueden estrenar cada año un traje, se hacían uno nuevo por procedimientos inversos á los nuestros. Nosotros, lo último de que nos ocupamos y ponemos en los vestidos son los botones; pero los árboles echan los botones ántes que nada.

La Naturaleza entera se habia presentado risueña y rozagante, como quien dice: mirad qué guapa soy; y los hombres la contemplaban embozados y alegres, como si la contestaran: ¡Viva la gracia!

De tanta hermosura no llegaban á Madrid, como no suelen llegar á las ciudades populosas, más que los reflejos en el color del cielo, los flúidos en la agradable sensación de suave calor infiltrado en las venas, y los perfumes que arrastran tibias auras ligeras. Como los ciudadanos nos contentamos con poco, en cuanto se refiere á goces campestres, bastan la luz, el calor y las brisas, para que, saliendo del entumecimiento invernal, abramos nuestros pechos á la expansión, y amemos cuando la Naturaleza entera ama, apurando la copa del néctar amoroso hasta ponernos como unos pepes eróticos.

Así nuestro buen Juan. Sintió el rejoncillo como todo el mundo, y tanto se espaviló, que se declaró á la rubia, en esta forma:

EN PRIMAVERA.

Á ELLA.

Huyendo el mundo de los encantos
vienen las áuras primaverales,
y á las violetas de la campiña
narran historias espirituales.

Vienen del mundo de los encantos
para decirnos lo que es amor:
blando susurro, tierno coloquio
murmurador.

De las regiones inmaculadas
rápidos llegan silfos sutiles
que se deleitan enloquecidos
con el aroma de los pensiles.

Llegan los silfos inmaculados
para decirnos lo que es amor:
suave perfume que se desprende
de hermosa flor.

Con raudó vuelo bajan del éter
alborozadas las aves puras,
y en lo sombrío de la enramada
cantan á trinos sus aventuras.

Bajan del cielo lasavecillas
para decirnos lo que es amor:

música leda que arroba el alma
del amador.

Tienen tus ojos color de cielo,
áureos cambiantes tu cabellera,
lirios y rosas forman tu rostro
donde sonríe la primavera.

Eres el hada que se aparece
para decirnos lo que es amor.

Tú eres el aura, tú eres la música,
tú eres la flor.

La romántica rubia dió el sí.

Juan perdió una ilusión de las muchas que se habia formado para sostener aquellas relaciones.

¿Y por qué? preguntará confusa alguna lectora. ¿Cómo es que lo que llena al hombre de felicidad, el *primer sí de la mujer aún pura*, que dice el poeta, es causa del disgusto de otros?

Porque á Juan le gustaba la lucha. Su aburrimiento nacia de habérselo encontrado todo hecho en el mundo, de no haber tenido que dejar en los zarzales del camino de la vida, unas veces los girones de sus vestiduras, y otras la sangre de su cuerpo. Cuando un alma como la de Juan, formada para algo elevado, se agita en el vacío de una existencia rutinaria, fácil y sin lances, se asfixia, muere.

No vaya á creerse que la rubia decia amen á todo. Juan le siguió la corriente, dió cuerda al romanticismo de la hermosa, hasta que un día se empeñó en descifrar la charada.

Entonces la rubia dijo que *no*.

Juan perdió otra ilusión.

Y vuelta á preguntar la confusa lectora. Pero, hombre de Dios, ¿cómo es que gustándole á Juan la lucha, perdía también las ilusiones cuando le contrariaban? Por fas ó por nefas ese bendito Juan es incomprendible.

A semejante objecion respondo diciendo, que Juan, como todos los hombres que tienen la voluntad poco mortificada por las contrariedades, era voluntarioso y aparecía como dotado de una doble naturaleza. Quería la lucha porque apenas habia luchado; y cuando se le presentaba, la aborrecía por lo mismo, por no tener costumbre de luchar. Además, si no careciera de genialidades no podría ser el héroe de un poema.

Plantado ya el problema, conocidos los términos de la ecuacion, sabiendo que la rubia decia que *sí* cuando se le hablaba por todo lo alto, y que *no* cuando se le hablaba por todo lo bajo, la solución era facilísima,

La rubia vivía vagando por las alturas; mas como Juan se la habia encontrado como caída de las nubes el célebre día de la lluvia, no acertaba á comprender tanta elevacion, tanta sublimidad en

una pensionista, buena moza é independiente.

Por lo demás, repito que la solución era facilísima. O herrar ó quitar el banco.

En el herrar (también se puede decir sin ache) van comprendidas otras dos operaciones de que en su tiempo habló San Pablo: ó quemarse ó casarse. El terrible santo optaba por la segunda si la primera había de durar por siempre jamás amen.

Juan optó por la segunda, ajustándose á la opinión del apóstol: determinó casarse.

Y, en efecto, se casó con otra.

¡Admirable prueba de buen sentido, de las pocas que daba nuestro héroe!

En eso estoy conforme con él. Apelar al matrimonio para la consecución de un fin terrenal, declarándose sin bríos para triunfar de un estorbo, es poquedad de ánimo, delata á un ruin. Si á ello se agrega lo cobarde que me parece pedir ayuda á la sociedad con sus leyes; lo impío que es ganar á su causa al mismo Dios, solicitando el ministerio de la religión, la bajeza sube de punto, prestándose á consideraciones que mi pluma no puede desenvolver ahora ni en mucho tiempo sin herir ciertas conveniencias que sirven de código moral á muchísimas personas.

Juan acabó por casarse para ver lo que era la vida matrimonial y buscar en ella remedio á la manía de suicidarse por fastidio.

Antes, sin embargo, de hacerlo, rompió con la rubia de una manera irónica, incisiva; burlándose de su romanticismo. La despedida fué el dardo arrojado por el Partho al emprender la fuga.

Héla aquí:

ME LO TEMO.

Para contar los astros luminosos
ó las gotas del mar,
necesito vivir quinientos siglos,
poco menos ó más.

Para contar las gracias que atesoras,
que es el cuento más largo de contar,
según cálculo fiel, tendré bastante
con una eternidad.

Antes que á tí la muerte inevitable
el abrazo de hielo me dará,
y mi espíritu libre, ya depuesta
la envoltura carnal,
á proseguir la suma de tus gracias
do quiera que estuvieres volará.

Por sufrir menos, morirás más tarde,
pero, al fin, morirás:
y encargada la química implacable
de destruir tu cuerpo escultural,
no tendré más remedio que evocarte
para poder sumar.

Cuando oyendo la tuba del arcángel,

cuando rota la piedra sepulcral,
como somos ahora nos veamos
en el sagrado valle Josafat,
y por haber amado nos destinen

á la gloria eternal:
cuando estés de patitas en el cielo
y me veas dispuesto á continuar
la suma de tus gracias ¡considera!
tú, irradiando beldad,
yo, embebido en tu esencia y con el lápiz
cuenta que contarás,
vamos á hacer el oso y va á silbarnos
la Corte Celestial.

CANTO CUARTO.

ME EXTRAÑA.

Tiene Juan por consorte una señora,
excelente mujer,
hábil modista, pulcra bordadora,
con faz de rosicler.

Treinta mil duros son el argumento
de su carta dotal;
repentiza en el piano y suelta al viento
su voz angelical.

Si la arrulla un galán con el gracejo
de quien echa una flor,
ofendida le muestra un entrecejo
que anubarra el honor.

Lucrecia de Tarquinos ilusorios
blasona de su fé.
¡Ay de ella si los últimos Tenorios
no fueran de *double!*

Cumple con su deber de esposa honrada
con tanta precisión,
que parece la célebre *Casada*
de fray Luis de Leon.

Y á pesar de su mérito es odiosa;
le falta un no sé qué,
rasgo esencial de la mujer hermosa
que el hombre en sueños ve.

Cuando presiente Juan que va á affigirse
por ese malestar
que nos produce el alma al sumergirse
de lo triste en el mar:

Cuando el dolor en su existencia brota,
cuando empieza á rugir
la tempestad de lágrimas que azota
al que sabe sentir,

Demanda auxilio al gerafin casero,
á su noble mitad,
y la encuentra á seis grados bajo cero
de sensibilidad.

No comprende la dama superfina
que se llegue á verter
llanto por el dolor que uno imagina;
eso no puede ser.

Ignora que el espíritu franquea
su cárcel material;
que se lanza al espacio y se pasea
por el mundo ideal.

No comprende el afan de su marido,
no ve la aspiracion
misteriosa del hombre que ha nacido
con mucho corazón.

Juan aprecia las dotes de su esposa,
confia en su virtud,
y, sin embargo, es débil mariposa
que deslumbra otra luz.

Siempre que el frio del hogar le choca,
como tierno doncel
pide calor al alma de una loca
que se muere por él.

¡Dicen que Dios castiga con su saña
el crimen de los dos!
Ello será verdad; pero me extraña
que los castigue Dios.

Como se ve, Juan habia encontrado su media
naranja fuera de las leyes divinas y humanas.

Ya no podia suicidarse por aburrimiento. Ama-
ba á todo pasto.

Esas mismas leyes me impiden sacar la moraleja,
la finalidad épica. De modo que el lector se encar-
gará de hacerlo por mí.

F. MOJA Y BOLIVAR.

LAS HABITACIONES.

La necesidad imprescindible de ponerse al abri-
go de la intemperie, ha obligado al hombre en to-
das épocas á buscar los medios de libertarse de
los rigores estacionales que, en la generalidad de
los casos, puede asegurarse que son incompatibles
con la salud y con la vida. Troncos de árboles,
cavernas, escavaciones, hé aquí lo que constituyó
la primera habitacion del hombre, cuya insufi-
ciencia debió reconocerse inmediatamente, puesto
que no tardó en buscar y construir más seguros y
ciertos, ya que no muy cómodos abrigos.

La civilizacion ha ido, como es natural, mar-
cando sus huellas en las construcciones. Así es
que los árabes se alojan bajo sus tiendas, que lle-
van en unas picas que colocan en tierra; los tártar-
os habitan chozas de madera ó mimbres, cubier-
tas de cemento espeso, en cuya parte alta hay un
orificio circular, destinado al paso de la chimenea,
y estas chozas son portátiles, pues las trasportan
en carros tirados por bueyes; los groenlandeses
ocupan casas cuyos cimientos son de tierra ó ces-
ped, cubiertas de madera y materia turbosa, todo
mezclado generalmente con témpanos de hielo.

La antigua civilizacion egipcia, construia sus
ciudades con habitaciones que tenian jardines y
todas las comodidades de una vida holgada y un
lujo refinado.

Uno de los asuntos que hay necesidad de estu-
diar en las habitaciones, es su situacion, que por
desgracia rara vez se atiende como debiera en pri-
mer término á la razon de salubridad, sino que
suele ser el último de los motivos que se tienen
en cuenta para instalar viviendas.

Respecto al clima, puede asegurarse, en general
que el hombre, como sér cosmopolita, es suscep-
tible de vivir en todos los países, pero sujeto sin
embargo á las condiciones de aclimatacion. Sin
embargo, desde luego, la higiene debe señalar
como climas más sanos, los templados, porque son
más compatibles con un buen estado de salud.

La altura que tienen las habitaciones sobre el
nivel del mar es de importancia para la salud.
Una elevacion media es la más conveniente, pues
á una altura muy considerable, la disminucion de
la presion atmosférica, el descenso de temperatu-
ra, las corrientes de aire impetuosas, hacen que
estas habitaciones ofrezcan graves peligros para
los que padecen enfermedades crónicas del cora-
zon ó los pulmones, á veces determinan su desar-
rollo en las personas predispuestas á ellas. Por eso,
cita Becquerel en su obra de higiene, que los reli-
giosos del monte de San Bernardo mueren jóve-

nes, atacados en su mayoría de enfisema pulmonar.

De igual manera es perjudicial para la salud la habitación en la profundidad de un valle, puesto que el aire tiene difícil renovación y entonces se ven desarrollarse el bocio y el cretinismo.

La naturaleza del terreno sobre que se hallan construidas las habitaciones, merece tenerse muy en cuenta, así como la exposición, pues á ser posible, deberian elegirse las del Mediodía para el invierno y las del Nordeste para el estío; y no pudiendo esto tener lugar, se debe suplir, disponiendo en las fachadas las puertas y ventanas de manera que sea posible el cambio de habitación con las diversas estaciones del año.

Las habitaciones subterráneas puede afirmarse que, en general, son perjudiciales á la salud. Hay una humedad constante, el aire es renovado con mucha dificultad, y consecuencia de esto es el desarrollo de multitud de enfermedades, figurando en primer término el escrofulismo con todas sus análogas. Así sucede en algunas poblaciones mineras, que habitan en el interior de las extensísimas galerías construidas para la explotación. Además tienen también el inconveniente de respirar los gases nocivos que se desprenden de los minerales, y á más, como acontece en las de carbon de piedra, se hallan expuestos á las mezclas detonantes que tienen lugar entre el aire y el carburo tetrahídrico que se origina en aquellos sitios, dando lugar á terribles catástrofes, que por desgracia no son tan raras, sin embargo de haberlas evitado en gran manera el descubrimiento del inmortal Davy con su lámpara de mineros.

La proximidad de bosques y jardines, puede asegurarse que, en general, es conveniente para la salud, pero es indispensable que esta proximidad no sea demasiado inmediata. Los árboles y la vegetación convienen cerca de las viviendas, porque además de absorber el ácido carbónico producido en la respiración, sirven de recreo y adornan los sitios donde están colocados, pero no deben hallarse en tal abundancia que intercepten los rayos solares.

Los ríos caudalosos han servido en general para la fundación de las grandes ciudades, lo cual obedece no sólo á conveniencias sanitarias, sino que facilita á los habitantes medios de transporte, suministrándoles también las aguas indispensables para todos los usos de la vida.

Los pantanos y aguas estancadas son una vecindad malísima, y es muy raro que los habitantes de estos sitios disfruten de perfecta salud. Cuando forzosamente haya que permanecer en estos sitios, lo que convendrá es poner entre la vivienda y el pantano una plantación que pueda neutralizar,

aunque sólo en parte, los miasmas que se desprenden.

La construcción de las casas ha de practicarse con materiales adecuados: ladrillos ó piedras muy porosas ó capaces de atraer la humedad y maderas viejas procedentes de los derribos, deben ser proscritos en la edificación. La forma y dimensiones varían extraordinariamente, pero la higiene debe recomendar desde luego una proporcionada altura de techos, ventilación suficiente, escaleras claras, espaciosas y no demasiado altas, edificios alineados que formen anchurosas y bien aireadas calles, es lo más conveniente y lo que debe consignarse en toda Ordenanza municipal de una población algún tanto numerosa.

Los edificios públicos deben hallarse, á ser posible, aislados, y aquellos establecimientos en los que se producen gases nocivos, como son hospitales, fábricas de curtidos, de productos químicos, etc., se situarán todo lo más distante posible de los barrios populosos.

Una de las circunstancias que no deben tampoco darse al olvido, son las pinturas y papeles que se aplican á las paredes de las habitaciones con objeto de decorarlas. No deben formar parte de los colores de estas paredes ni el oropimente, ni bermellón, ni el verde de Scheele, ni el minio, pues todos ellos son sustancias en alto grado venenosas, y no son raros los accidentes desgraciados ocurridos á consecuencia de la constante respiración de un aire en el que flotan partículas pequeñísimas de alguna de las sustancias enumeradas.

Las puertas deben tener las suficientes dimensiones y hallarse situadas frente á las ventanas ó chimeneas para establecer las corrientes de aire, y estas ventanas, de magnitud proporcionada á la del cuarto, á una distancia próximamente de un pie del piso.

Las casas recién construidas es conveniente dejar trascurrir para habitarlas un plazo prudencial, para dar lugar á que se haya evaporado la humedad de los suelos y paredes, así como la desecación total de las pinturas, todo lo cual variará según la época del año en que se considere.

Otra de las cuestiones que no debe descuidar la higiene es la calefacción artificial, tan necesaria en la estación fría, sobre todo á las personas valetudinarias, pues, de lo contrario, sobrevienen flegmasías agudas y crónicas en los órganos de la respiración y agravación de los reumatismos, como consecuencias de las habitaciones frías. La combustión directa de la madera es lo que primeramente se empleó como medio de calefacción, y la mayor parte de los pueblos salvajes alimentan de esta manera el fuego en medio de sus chozas.

Los procedimientos de calefacción artificial, pue-

den reducirse á tres, que son: la estufa, la chimenea y el calorífero. El primero es un medio aceptable, siempre que haya una corriente de aire suficiente; la chimenea ofrece la desventaja de la pérdida de una considerable cantidad de calórico y combustible, y los caloríferos varían, pues son de aire caliente, de vapor y de agua caliente, siendo preferible á todos el de Duvoir, que se compone de una caldera situada en la parte más baja del edificio, de un depósito que hay en la parte superior, y de tubos intermedios, de los que uno está destinado á la ascension del agua hasta el depósito, y otro que vuelve á la caldera despues de haber recorrido todo el trayecto que ha de calentar. Estos tubos están colocados en otros más anchos, cuyo espacio intermedio se rodea de un cuerpo mal conductor del calórico, todo auxiliado por un buen sistema de ventilacion.

El brasero, tan generalizado en España, es el peor medio de calefaccion, porque tiene el defecto de producir desigualmente el calórico, y dejar en la atmósfera del sitio en que se halla, los productos de la combustion del carbon, entre los que pueden citarse el óxido de carbono como el más tóxico. A él son debidos los atufamientos, que van acompañados á veces de gravísimos síntomas.

Hoy ya se va desterrando el uso de este medio de calefaccion, y se sustituye por las estufas ó caloríferos, así como tambien se usa bastante el gas del alumbrado como combustible, en aparatos convenientemente dispuestos con este objeto, los cuales presentan grandísimas ventajas, se hallan exentos del mayor número de inconvenientes que ofrecen los medios que acabamos de enumerar.

La desinfeccion de las habitaciones, es otro de los asuntos que debe recomendar el higienista en determinados casos, sobre todo, cuando ha ocurrido un fallecimiento y principalmente de enfermedad contagiosa. Los medios para conseguir este objeto, ya los hemos indicado en el artículo, la Atmósfera (1). La cal, barita y potasa cáusticas, por su afinidad con el ácido carbónico, pueden servir como medios químicos de purificacion del aire de las habitaciones, además del cloro producido en el aparato de Guyton de Morvean ó el ácido hiponítrico que se obtiene con extraordinaria facilidad, con sólo poner un fragmento de cobre en contacto con el ácido nítrico.

En general, puede asegurarse que la inmensa mayoría de las casas en las poblaciones numerosas, distan mucho de reunir las condiciones que aconseja una buena higiene; pero ya que no se alcance

una perfeccion en este asunto importante, procurese al ménos que el hogar doméstico reúna las mayores ventajas, y no contribuya á abreviar la existencia.

La construccion de habitaciones para las clases pobres, es tambien uno de los problemas que no deben dar al olvido los Gobiernos y los particulares; éstos, al propio tiempo que fomentan sus intereses, pueden prestar señaladísimos servicios, dedicando sus capitales á la formacion de edificios para las clases jornaleras. Por un decreto del mes de Setiembre de 1849, se procedió en Bélgica á la ereccion de una ciudad obrera en el término de Iscelles, en Bruselas, y poco despues en Paris, bajo la proteccion de Luis Napoleon, que era en aquella época Presidente de la República, y sucesivamente fué mejorándose, abriendo concursos, y ofreciendo considerables sumas como premios á los autores de los mejores proyectos de habitaciones baratas y cómodas para los obreros. Tambien en Alemania se han planteado con excelentes resultados la construccion de análogos edificios.

En nuestro país, no existen verdaderamente tales barrios de obreros, y creemos que seria conveniente establecerlos, aun cuando parece que haya razones políticas en contrario, pues, á la verdad, la mayoría de los albergues de las clases necesitadas, son más bien semillero de enfermedades, que sitios destinados á servir de vivienda. Por lo demás, procurando que esos barrios fueran poco numerosos, y en puntos muy distantes entre sí, podrian evitarse los inconvenientes que desde luego tiene la aglomeracion de las clases trabajadoras.

JOAQUIN OLMEDILLA Y PUIG.

LOS ORADORES DEL ATENEO.

DON GABRIEL RODRIGUEZ.

Sentado en un rincon de la estancia, y medio oculto entre en un diván y una silla, gozando de la última ráfaga de la luz que se iba, y entregado á la dulce voluptuosidad de no pensar en nada, he visto una vez penetrar con sonora planta en la galeria de retratos del Ateneo á uno de los patricios y notables que en ella figuran. Le he visto dirigirse, sin vacilar, hácia su efigie, y permanecer ante ella en atenta contemplacion, un tiempo que no me fué posible medir. Y, sin quererlo, algunos pensamientos pérfidos y traviosos, y vestidos de encarnado, cuál pequeños Mefistófeles, acudieron á mi desocupado cerebro, y entornaron mi vista hácia aquella muda, pero elocuente escena. El pa-

(1) Véase mi obra *Historia de los desinfectantes*, premiada por la real Academia de Medicina.

tricio contemplaba al retrato; el retrato contemplaba al patricio; y yo, silencioso, muy silencioso, los contemplaba á ambos. Parecíame asistir á extraña y misteriosa ceremonia de una religion perdida. El patricio rendia con la mirada un tierno y fervoroso culto al retrato; lanzábale con los ojos todo el incienso de su alma, y hasta se me figuró que sus rodillas se doblaban, buscando con ánsia el duro pavimento.

El retrato, con impasible y frio continente, dejábase adorar sin dar muestras de que aquel incienso se le subiera á la cabeza; ántes, bien, parecia un poco contrariado. Yo guardaba silencio, mucho silencio, pero de mis ojos debia partir un rio de ironía, un Mississipi de sarcasmos, porque el patricio separó, con trabajo, su vista del retrato, la volvió hácia mí, y ¡oh, pudor santo y adorable! Cuál tímida doncella, que imprudente cazador sorprende en el baño, las tintas de un rojo carmin tiñeron sus mejillas. Giró sobre los talones, y salió con breve, pero cortado paso de la sala. Y yo quedé á merced de mis pérfidos y traviosos pensamientos.

¡Ay! pensé; ¡*anch' io son piktore!* ¡Tambien yo he dibujado con mano torpe el perfil de muchos de esos señores! ¡Mas á mi pobre galería no vendrán coronados de pámpanos á celebrar festejos en su propio honor, como el ilustre patricio que acababa de salir, porque se respira en ella un ambiente cargado de franqueza y desenfado que los asfixiaria!

Y sin embargo, y á pesar de cuantas quejas voy recibiendo, estoy bien convencido de que no he lastimado á nadie. Yo no puedo lastimar á aquellos á quienes admiro. Tan sólo me he permitido sonreír alguna vez con el borde de los lábios, y volviendo la cara á fin de que el público no se diera por enterado. Mas si estas mis sonrisas pudieron molestarles, protesto una y mil veces de su inmaculada inocencia; ¡son cándidas y puras, sí; como la oracion de un niño ó un exordio de Perier!

¡Quién es D. Gabriel Rodriguez? Vamos á verlo.

Acababa yo de llegar á Madrid de mi insigne cuanto remoto villorrio, y no hay para qué decir que traia almacenado en el pecho un buen cargamento de admiracion, del cual he derrochado ya bastante, hasta el punto de que á la hora presente sólo me queda un poco, que procuro gastar con la mayor prudencia. Pues bien; hallábame cierta noche de sesion en la cátedra del Ateneo, cuando acertó á entrar por ella una persona de fisonomía noble y expresiva, que llamó desde luego mi atencion. Y ya me disponia á preguntar su nombre al vecino, cuando sobre un leve rumor que se produjo en torno mio, creí percibir el nombre de Rodriguez. Y no sólo percibí el nombre, sino tambien

algunas frases dialogadas que me impresionaron vivamente:

"Ahí está Rodriguez.—¿Rodriguez?—Sí; Rodriguez, el que no ha querido ser ministro.—Eso no puede ser, amigo."—Y un eco que se produjo en las sillas, repitió varias veces: "No puede ser, no puede ser, no puede ser."—Esas cosas es necesario verlas para creerlas."—El eco volvió á decir: "para creerlas, para creerlas, para creerlas."—¿Pero Vds. entienden, señores, que el hombre que no acepta una cartera debe ser enseñado al público á peseta la entrada como un objeto curioso?."—Aquí se me figura que el interlocutor era yo. Toqué la fibra sensible, y entonces todo se volvió patas arriba.—"Nada me parece más natural, dijo uno."—Si para aceptar hoy una cartera se necesita un valor..... —"Métase Vd. entre esa balumba de expedientes.—Y luego el descrédito..... y la agitacion..... En fin, todos convinimos en que no habia en el mundo papel más ridículo y desairado que el de un ministro.

Desde aquella noche concebí el propósito de trazar el perfil del Sr. Rodriguez. Es un hombre tan franco, tan sencillo, tan amable, que no dudo se alegráran mis lectores de haberle conocido, y hasta llegarán á ofrecerle cordialmente su casa.

Rodriguez ha llegado á ser en nuestra sociedad un personaje aristocrático, pero en el sentido etimológico de la palabra, esto es, uno de los mejores. Es un digno representante de esa aristocracia democrática, si fuera lícito expresarme así, que tiene por únicos blasones, en campo azul—es mi color predilecto, como ya tuve el honor de advertir—virtud y talento. En la vida pública ha sido un caballero sin tacha y sin miedo, un especie de Bayardo político, siempre dispuesto á romper lanzas con toda suerte de iniquidades. Por eso ha merecido que debajo de su efigie, repartida á todos los vientos por la fotografía, se lean sus famosas palabras sobre la esclavitud, las más bellas que nunca se hayan pronunciado en lengua castellana. En la vida privada..... pero yo no tengo derecho á entrar en la vida privada, siquiera sea para dejar consignado que nuestro orador pasa con justicia por un modelo de integridad, de modestia y de laboriosidad. En la vida científica hay de todo y de todo voy á decir, contando con un perdón que humildemente demando, y que noble y generosamente me otorga el Sr. Rodriguez.

La inmovilidad es, á mi entender, la cualidad más hermosa de un carácter. Despues de las pirámides de Egipto, lo que más admiro en este mundo son esos hombres que, encastillados en sus principios morales, mantienen el alma intacta en medio de las borrascas de la vida. Nadie puede dudar de mi amor á la solidez. Y, sin embargo,

repugno bastante los sábios sólidos. La inmovilidad, que tanto me place en los principios morales, me parece cosa extraña y hasta ridícula, tratándose de escuelas científicas. Flotar á merced de todos los sistemas y señalar exactamente como alta veleta los vientos que reinan en la region de la ciencia, me parece pueril: pero dejar pasar en ráudo vuelo por delante de los ojos las escuelas y los sistemas en actitud indiferente, suponiéndolos á todos descarriados, lo juzgo insensato.

Hé aquí por qué siento que el señor Rodriguez haya arrojado el áncora sobre la escuela económico-individualista y aun esté fondeado tranquilamente en su estrecha bahía. No soy de los que desconocen los altos merecimientos de esta escuela, ni pretendo de ninguna suerte menguarlos. Tengo siempre en la memoria el denuedo con que riñó batallas, combates y escaramuzas contra ese socialismo de baja estofa, que hoy tambien ha encontrado intérpretes en los debates del Ateneo, contra ese socialismo que empieza pidiendo herramientas de trabajo, y concluye negando á Dios. Sé que la debo muchos y buenos oficios. Oh! sí, es mucho lo que debe mi pobre entendimiento á la escuela de los Smith, Say y Bastiat! Cuando ahora cae de nuevo un libro economista en mis manos, se me figura que recibo la visita de mi buena y anciana nodriza. A ésta la estrecho entre mis brazos, pensando en el amante esmero con que en otro tiempo puso en mis lábios el jugo de la vida. A aquel le tiendo una mirada cariñosa, busco y leo con placer algun capítulo, cuya huella no se haya borrado de mi espíritu, y torno á colocarlo con el mayor cuidado en su estante, recordando que en otro tiempo ha provisto mi carcaj de escolar con firmes y aguzadas saetas.

Conste, pues, que me duele profundamente el ver al señor Rodriguez tan individualista. Sería muy largo el asunto, y no tengo en este instante tiempo ni oportunidad para dar explicaciones sobre este mi metafísico dolor. Dia y ocasion llegarán tal vez en que sea más pertinente el hacerlo.

Mas el señor Rodriguez es un individualista que ha puesto siempre su palabra y su pluma al servicio de todas las grandes causas sociales. Con esto y con la afición que de poco acá se le ha despertado al estudio del Derecho, todavía puede esperarse que rectifique y temple algun tanto su espíritu intransigente. De un hombre de talento se puede esperar mucho: pero de un hombre de talento y sincero, debe esperarse todo.

Como no acostumbro á ocultar nada, tampoco quiero ocultar al señor Rodriguez uno de los efectos que me produce. He pensado muchas veces que el señor Rodriguez es el único que entre nuestros políticos, conserva pura la tradicion progresista.

Creo ver en él el único ejemplar que hoy nos queda de aquella insigne raza de hombres fervorosos y resueltos, exagerados quizá en su odio á las instituciones del pasado, como en su amor á la libertad, pero firmes y generosos en sus pensamientos y en su conducta. El señor Rodriguez, es, como si dijéramos, el último Abencerraje del progresismo. Si algun dia tienen mis semblanzas el honor de pasar á la categoría de zarzuelas, pido al ilustre compositor que lleve á cabo tan meritoria empresa, no deje de poner á esta por música el himno de Riego.

No rias, mancebo presuntuoso, tú que apellidas cándidos á los hombres del progreso y reservas tus frases más ingeniosas y sarcásticas para el momento en que percibes los acordes del himno de Riego. Recuerda que al son cadencioso de este himno, derramaron tus padres mucha sangre por darte la libertad, que acaso tú no sabrias conquistar. Recuerda que vibró cual música de esperanza en los oídos de muchos moribundos mártires de la libertad y sonó aterrador en los alcázares de los tiranos. Quiero confesarte una debilidad, joven imberbe. Yo, cuando escucho el himno de Riego, creo oír entre sus notas agudas y enérgicas los gritos triunfales de los héroes que lucharon hasta morir por la madre patria y por la santa libertad, y derramo lágrimas de gratitud y de alegría. ¡Lloro joven escéptico, lloro como un cúrsi!

La oratoria del Sr. Rodriguez, es genial y espontánea. No busca ni esquivo el efecto; esto es, no se entretiene en limar esmeradamente los períodos, pero tampoco llega su austeridad científica, y por ello le felicito, á despojarlos torpemente de sus galas cuando acuden ataviados á su lengua. Toda idea, por abstrusa que sea, puede expresarse en un período castizo, sonoro y terso, y no necesita, como algunos suponen, andar á tajos, barbarismos y mandobles con la gramática para darse á luz. Es flúido, sin dejar de ser sencillo, castizo sin pedantería y enérgico sin afectación. Tampoco deja de poseer todo el donaire y gracejo que caben dentro de los límites que le impone la nunca desmentida y tradicional gravedad de su partido. No echemos en olvido que, ante todo, es él progresista, es decir, la imagen perfecta de la aguja imantada que sólo abandona por breves instantes la idea que señala; pero es el progresista que guarda en su pecho, como precioso tesoro de padres á hijos transmitido, toda la fé, todo el aliento y toda la inocencia de aquel memorable partido. No sé quién ha dicho que el partido progresista vivió durante algunos años con una idea y una cebolla. Yo creo que el Sr. Rodriguez sería capaz, hasta de prescindir de la cebolla.

ARMANDO PALACIO VALDÉS.

UN DRAMA EN EL DESIERTO.

CAPÍTULO I.

Regreso del cazador.—Un suelto de *La Correspondencia*.
—Marsella.—Un vestido oscuro y un sombrero de paja.
—Un poco de ciencia.—Misterios.—Marcha precipitada.

Enrique Gomez acababa de entrar en el estrecho aposento que ocupaba en su casa de huéspedes, seguido de su fiel Diana y de la Maritornes de la casa, á la cual entregó un conejo, dos docenas de alondras y una perdiz.

Como hacia un frio glacial y habia estado nevando todo el dia, apenas la criada salió del cuarto, cerró la puerta, dejó en un rincon su magnífica escopeta Lefaucheux, despojóse apresuradamente de sus mojadas ropas, apagó la luz y se metió en la cama sin hacer caso de *La Correspondencia de España* que la criada, al entrar, habia dejado sobre la mesa de noche.

Diana dió tres ó cuatro vueltas en el felpudo que habia delante del lecho, se hizo una rosca, abrigó el hocico con sus patas, y al poco rato unió sus ronquidos á los de su amo.

Y ahora que ambos descansan en brazos de Morfeo, vamos á aprovechar su sueño para decir cuatro palabras sobre Gomez y Diana.

Enrique Gomez tenia 23 años, era alto, robusto, guapo, simpático, valiente, gran cazador y aspirante á oficial con 1.500 pesetas en el ministerio de Fomento.

En fin, era lo que se llama un buen chico, pero desgraciadamente su capacidad intelectual no guardaba proporcion con sus cualidades físicas y morales, y, sin ser un necio, era de aquellos á quienes la suerte destina á vejetar unido á un pupitre como la lapa á la roca en que nace.

Su fortuna consistia en su mezquino sueldo, en el cual no tenia ascenso alguno, y en ciertas esperanzas poco cristianas que cifraba en un tio, tan rico como avaro, establecido hacia muchos años en Marsella.

Pero si Gomez era pobre, en cambio sus gustos eran sencillos, modestos, y tenia la ventaja no despreciable de no pensar jamás en el dia de mañana, ni tener más pasion dominante que la caza.

A costa de privaciones, ahorrando cuarto á cuarto, logró al cabo de algunos años reunir 100 duros.

Cuando se vió con tan gran cantidad, en vez de disiparla en locos devaneos, como en su lugar hubiera hecho cualquier jóven de su edad, compró una soberbia escopeta Lefaucheux y los utensilios necesarios á un cazador.

Después buscó un perro, y no sin mucho trabajo encontró á su fiel Diana, cuyas eminentes cualidades dejarían satisfecho al más exigente aficionado.

Diana contaba apenas dos años, y pertenecía á la noble familia de los sabuesos, llamados enfáticamente *perros sagaces*, por la perfeccion de su olfato, por cuyo motivo nuestros antepasados los empleaban en la persecucion de ladrones y facinerosos; siendo de notar que los sabuesos son originarios de la Península, de donde se exparcieron después por toda Europa.

Diana no habia degenerado de su raza, que desgraciadamente va perdiéndose en España.

Era hermosa y fuerte como un mastin, valiente como un alano, ligera como un galgo, y el poder sensitivo de sus órganos olfatorios, era tan maravilloso como su sagacidad.

Para Gomez no habia en el mundo nada más que su escopeta y su perra, y Diana no tenia más afecto que su amo y su caza.

Así es que, cuando llegaba algun dia de fiesta, Gomez, que era muy aficionado á dormir los dias de trabajo, saltaba del lecho una ó dos horas antes de amanecer, y á pesar del calor, del hielo, de las nieves ó lluvias, marchaba al campo permaneciendo allí todo el dia.

Como los alrededores de Madrid no son muy á propósito para cazar, sobre todo cuando no hay bastante dinero para tener una accion en algun soto, las proezas de Gomez y Diana eran muy limitadas y algun tanto peligrosas.

A pesar de su honradez, el buen jóven profesaba en materias cigenéticas doctrinas que dejaban muy atrás á las explanadas por los más exagerados escritores socialistas, y no tenia escrúpulo en disparar sobre un conejo que vivia tranquilo bajo la salvaguardia de las leyes.

La culpable indiferencia con que miraba Gomez los derechos individuales de la raza leporina, le habian ocasionado ya sérios disgustos, sin lograr que se enmendara.

Conocidos los antecedentes de los personajes que hemos presentado en escena, vamos á saltar rápidamente por cima de las doce horas que Dios ha destinado en nuestros climas para descanso del hombre, para ver lo que hizo Gomez cuando la bulliciosa villa del oso y del madroño lanzó á las calles sus burras de leche, sus carros de basura y vovingleros vendedores.

Al siguiente dia, Gomez, como hacia siempre, despertó á las nueve, miró el reloj y se puso á calcular cuánto tiempo necesitaba para vestirse, almorzar y llegar á la oficina media hora más tarde que la señalada en el reglamento.

Este cálculo lo hacia el jóven diariamente, y á

pesar de la gran práctica que debía tener, siempre encontraba el medio de equivocarse en favor del reposo quince ó veinte minutos.

Mientras calculaba, reparó en *La Correspondencia* del día anterior, que estaba sobre la mesa de noche.

Esto fué para él un descubrimiento importante, porque le proporcionaba el pretexto de permanecer en el lecho algún tiempo más.

—Calla,—se dijo,—anoche no leí *La Correspondencia*, y no es justo que un funcionario público ignore lo que pasa en el mundo.

Saltó de la cama, abrió las maderas del balcon, y zambulléndose de nuevo entre las mantas tomó una posición cómoda, abrió el periódico, y empezó á leerlo desde el título.

A los pocos instantes, á pesar del frío, apartó violentamente las ropas, y saltó en calzoncillos hácia el balcon con el periódico en la mano.

Diana, sorprendida, abandonó su felpudo y corrió hácia él, interrogándole con la vista.

Pero Gomez no se ocupaba de su compañera; sostenia convulsivamente el papel entre sus temblorosas manos, se restregaba los ojos como para ver mejor, y leía con trémula voz:

"El cónsul de España en Marsella, cita á los que se crean con derecho á heredar á D. Pantaleon Silvestre Gomez y Medrano, natural de Alcorcon, y comerciante vecindado en aquella ciudad, en la cual falleció intestado el día 7 de Julio de 1866, para que en el término de treinta días comparezcan en la Cancillería del consulado por sí ó legalmente representados, á exponer lo que á su derecho convenga."

—Sí, no hay duda,—gritaba, arrugando el periódico;—es mi tío Pantaleon, hermano de mi padre, rico y muerto...

Oh, tío de mi alma, qué funeral te voy á hacer....

Y además, es preciso comprar una canana, arreglar mis papeles... un ciento de cartuchos...

¿Dónde diablo está mi chaleco? Ya lo encontré...

Haré dimision y....

—Señoritu,—dijo la doméstica abriendo la puerta.

—¿Qué quieres, chica? ¿No te he dado ya orden de no entrar sin que te llame?

—Es que el ama me lu mandu.

—¿Qué quiere el ama?

—Dice que venga osté almuzar pa no llegar tarde á la ofecina.

—¿Quién le mete al ama en mis negocios?—preguntó con mal humor Gomez poniéndose la levita.

—¿Pues no se ha é meter!... pues si le dejan á osté cesante ¿cómo le va á pajar?...

—Tú y tu ama sois unas insolentes y no sabeis con quién estais tratando; la culpa tengo yo que me he rebajado hasta poner los piés en esta casa.

—¿Pero señoritu,—preguntó la muchacha asombrada,—qué mosca picóle hoy?

—Ni una palabra más; da mi almuerzo á Diana, que lo que es yo no vuelvo á comer aquí,—dijo Gomez poniéndose el sombrero y saliendo de la casa.

—Miste qué cosas tienen estus silbantes,—quedó refunfuñando la criada,—con esos humos cualisquiera tomaríalu por un marqués ó cosa así. y está lampando de hambre.

Sin embargo, no estante, algu debe sucederle cuando se ha marchadu así, el que es tan buen comu el pan y mansu comu un borreju.

Tenia razon la nieta de Pelayo al decir que algo sucedia á Gomez, aun cuando ni remotamente podia sospechar el fausto acontecimiento que en dos minutos habia dado al traste con la fama de bondadoso adquirida durante los cinco años que habitaba en la casa.

Tan pronto como se encontró en la calle, corrió á la Agencia de las *Mensajerías Imperiales* y supo con satisfaccion que á los dos dias salia de Valencia para Marsella, un vapor.

El tiempo urgia, pero Gomez lo aprovechó bien; reunió todos los documentos que probaban su parentesco, y aquella misma noche pudo salir de Madrid, en compañía de su perra.

No diremos nada de los incidentes, poco interesantes por cierto, del viaje; ni de los mil castillos en el aire que hizo durante el camino, porque cualquiera que se encontrára en su lugar haria, por lo ménos, otros tantos y quizá no tan discretos, porque los de Gomez, aun cuando en la forma variaran, en el fondo siempre eran los mismos.

El bello ideal, base de todos sus dorados sueños, era un hermoso soto poblado de caza, un buen potro cordobés para correr liebres y una jauria completa compuesta de perros tan buenos como Diana.

Inútil es decir que desde que aspiraba á ser propietario, sus ideas respecto á los derechos de la caza habian cambiado por completo, y que se proponia sostener los suyos con implacable rigor.

Con estas alegres ilusiones llegó á Marsella, y en cuanto puso el pié en tierra corrió al consulado, donde supo que la herencia de su tío ascendia á 250.000 duros en metálico, créditos, géneros y fincas fáciles de realizar.

Dos meses tardó en arreglar sus asuntos, y durante ellos no pudo ni una sola vez cojer su escopeta y recorrer con Diana los desolados campos de Marsella, muy semejantes á los de Madrid; pero se consolaba fácilmente pensando que cuando quedára terminado todo, podria cazar cuanto quisiera.

Mientras esto sucedía visitaba la ciudad en sus ratos de ocio, solo ó acompañado del antiguo socio de su tío, en cuya casa vivía y depositaba los fondos.

Por él supo que Marsella, antes Marsilia, fué fundada por los griegos y desde su fundación adquirió tal importancia, que Cicerón la llamaba la Atenas de las Galias, y Plinio la señora de las ciencias, llegando en el día hasta abrigar en su puerto durante un año 15.366 barcos, que arrojan un total de 1.672.812 toneladas y 100.000 hombres de tripulación, y que su puerto, á pesar de ser uno de los más capaces de Francia, no basta á las crecientes necesidades de su comercio.

Cuando Gomez se cansaba de pasear por la *Cannebiere*, esa soberbia calle que hace exclamar á los marseleses: "*si Paris aurait une Cannebiere, serait une petite Marseille*," se retiraba á su casa, y allí, leyendo las cacerías del capitán Maine Reid, las novelas de Cooper, las admirables de Verne y las conmovedoras aventuras de Gerard, el famoso matador de leones, su corazón de cazador latía con violencia y todas las noches formaba el proyecto de pasar al África, cruzar sus abrasados desiertos, buscar á los tigres, leones y panteras en sus mismas guaridas y sobrepujar las hazañas de todos los cazadores habidos y por haber.

La confidente de todos sus proyectos era la fiel Diana, que, gravemente sentada delante de él, mirándole atentamente con sus grandes é inteligentes ojos, movía sin cesar la cola y lanzaba de cuando en cuando algún aullido de placer, como si estuviera en extremo satisfecha de los proyectos de su amo.

El viaje á Africa era una cosa decidida en principio, pero que Gomez no pensaba realizar tan pronto.

Primero quería comprar en las encantadas orillas del Guadalquivir un buen cortijo que produjera una renta saneada y segura que le permitiera vivir con comodidad, y ocuparse tranquilo en recorrer los vecinos bosques, ginete en un soberbio cordobés, y en compañía de otros amigos tan jóvenes, tan ricos, tan alegres y tan cazadores como él.

Dados estos proyectos, la elección no podía ser más acertada, pues quien desee montar buenos potros, encontrar caza abundante y recorrer con alegres compañeros los más risueños campos del orbe, no puede ir á ninguna parte mas que á Sevilla.

No en vano se llama de María Santísima aquella tierra, que parece un rincón del Eden engastado en nuestra feliz Península.

Pero como el cazador dispone unas cosas, y Dios hace lo que le da la gana, los proyectos de Gomez vinieron por tierra mucho antes de realizarse, y esto de la manera más natural del mundo.

Un día, volviendo á la fonda cansado de correr de Zeca en Meca para poner en orden sus asuntos, vió que á la puertaparaba un coche, del cual salía en aquel momento una señora vestida de oscuro y con un gracioso sombrero de paja.

Mientras un cazador, caza, está libre del amor; pero cuando no se dedica á su ejercicio favorito en mucho tiempo, como á Gomez sucedía, es el hombre que con más facilidad se deja herir por las doradas saetas del ciego rapazuelo.

Y esto se explica fácilmente.

Gomez tenía unas protuberancias encima de cada oreja, y de aquí nacía su desenfrenado amor por la caza.

En honor de la verdad debemos advertir que el joven ignoraba esta excentricidad de sus temporales, y aun cuando alguna vez lo hubiera notado, de lo cual no salimos garantes, había sospechado que aquellos chichones representaban la destructibilidad ó inclinación á matar ó destruir, instinto muy desarrollado entre las fieras y aves de rapiña.

También es cierto que jamás había leído una obra que Huarte, médico de Navarra, escribió hace trescientos años, con el título de *Exámen de ingenios*, ampliada en 1503 por un sábio alemán y completada después por el doctor Gall, que elevó á ciencia dichos principios, dándole el nombre de *frenología*, que, traducido del griego al español, significa *Ciencia de la mente*; de suerte que Gomez era un cazador *inconsciente*, como se dice ahora, por la sólo virtud de aquellas protuberancias con que á la naturaleza le plugo adornarle.

Desde que un hombre posee unos temporales medianamente desarrollados, tiene por fuerza que ser cazador de cualquier cosa.

Unos se dedican á perseguir los inocentes animales ó las voraces fieras.

Otros á cazar criminales, y entonces entran en la policía ó en la Guardia civil.

Otros les gusta más cazar mujeres y van siempre tras ellas, tendiéndoles lazos en que la más bella mitad del género humano se deja cojer con una gracia y un candor, que no podemos menos de aplaudir sinceramente.

Esta pasión, sin embargo, tiene sus quiebras, y muchas veces las fieras, los criminales y las mujeres, que también tienen temporales susceptibles de desarrollo, cazan al cazador y lo cogen en los lazos que él mismo tendió con otro fin.

Ahora bien: como hacia mucho tiempo que Gomez no se dedicaba á su ejercicio favorito, al ver el vestido de aquella mujer sintió despertarse el instinto venatorio que hemos colocado en la tercera clase, y apretó el paso para ver el rostro, que debía ser precioso, á juzgar por el aire y garbo de la que acababa de bajar del coche.

Llegó á la fonda, subió á escape la escalera, viendo siempre el vestido oscuro y el principio de una pierna que prometia el mejor de los fines; pero al llegar al piso principal la desconocida desapareció por una puerta que se cerró inmediatamente sin dejarle ver más de lo que hasta entónces habia visto.

Es decir, un traje de lana oscuro, un precioso sombrero de paja y una torneada pierna que aprisionaba una media de deslumbrante blancura.

Un camarero salió del cuarto, cerró la puerta, y ya iba á alejarse, cuando Gomez, deteniéndole por el brazo, le preguntó:

—¿Quién es esa señora?

—¿Cuál?

—La que acaba de entrar en la habitacion de donde sales en este momento.

—¿La del número 16?

—Sí.

—Es una inglesa.

—¿Sabes su nombre?

—No, señor; acaba de llegar ahora mismo en el tren de París con un caballero de edad. Pero si quereis...—añadió tendiendo la mano y dejando vagar por sus gruesos lábios una truanesca sonrisa.

—Sí,—contestó Gomez, echando mano al bolsillo y poniendo en la del mozo una pieza de cinco francos.

—Esperadme en vuestra habitacion y al momento sabreis todo lo que os pueda interesar.

En efecto; media hora despues entraba el camarero en el cuarto que ocupaba Gomez.

—¿Y bien?—preguntó éste saliéndole al encuentro.

—Todo lo sé.

—Veamos.

—En primer lugar, esa jóven es inglesa, y viaja con su padre que es un lord muy rico.

—Pero bien, ¿cómo se llama?

—El padre sir Christopher Cagnigan.

—¿Y la hija?

—Miss Deborah.

—¿Qué más?

—Bien sé que es muy poco, ¿pero qué quereis?

Éntre sí hablan poco en francés, y como no tienen criados...

En fin, ya veremos, con el tiempo...

Gomez se contentó con esta esperanza; pero, á pesar de todo, pasaron tres dias sin que pudiera adelantar nada.

Los ingleses no salian de su cuarto ni aun para comer, ó si salian debian hacerlo en horas que sus perentorias obligaciones hacian salir á Gomez de su casa. Lo cierto es que le fué imposible verla.

Únicamente oyó una voz clara, argentina, me-

lodiosa, que se acompañaba al piano, y esto y el misterio en que se envolvía la inglesa, picaron tanto su curiosidad, que ya su pensamiento único era llegar á conocerla.

Sus asuntos estaban terminados, nada lo retenia en Marsella, y sin embargo, no se resolvía á regresar á España sin haber visto antes á la inglesa.

Una noche, al volver á la fonda despues de dar un paseo con Diana, encontró al mozo que le detuvo al pasar, diciéndole:

—Caballero, los ingleses acaban de marchar.

—¿A dónde?

—No sé; tal vez á Argel se han embarcado en el vapor *Kabile*, de las Mensagerías imperiales.

—¿A qué hora sale el vapor?

—A las nueve.

Gomez sacó su reloj; eran las ocho y media.

—Corre á buscarme un coche,—dijo al mozo;—una buena propina si está aquí antes de diez minutos.

El camarero salió corriendo y Gomez se fué á su cuarto, pidió su cuenta, empaquetó apresuradamente sus efectos, cerró el baul, escribió al sócio de su tío que un negocio urgente y repentino le obligaba á salir de Marsella y terminó dándole algunas instrucciones acerca de lo que debia hacer con el dinero que tenia en su poder.

Apenas habia puesto el sobre, entró el camarero avisando que el coche estaba á la puerta.

Gomez se metió en él con su perra y su escopeta, y se alejó á escape hácia el puerto.

Una idea extraña, loca, habia cruzado por su mente.

Creyó que á bordo le seria más fácil conocer á la inglesa, y como era libre y rico, apenas concebido, puso en ejecucion su proyecto.

Despues de todo, puesto que la inglesa se dirigia á Argel, el viaje no era muy largo; se reducía á un ligero rodeo, y así como por todas partes se va á Roma, con mucho más motivo se puede venir á España pasando por Argel.

CAPÍTULO II.

El Kabile.—La partida.—Argel.—Diana perdida.—Desconsuelo.—¿Estaba á bordo!

Gomez era uno de esos hombres de accion que apenas piensan una cosa la ejecutan en el acto sin tomarse mucho tiempo para reflexionar.

A veces esta rapidez en la ejecucion causa graves perjuicios; pero, como despues de todo, los que acostumbran á meditar mucho sus acciones hacen tambien mil locuras, nuestro héroe no hacia del todo mal dejándose llevar siempre por su primer impulso.

Así lo hemos visto abandonar á Marsella precipitadamente, meterse en un coche y llegar á bordo del *Kabile*, cuando ya el cabrestante empezaba á dejar sentir su estridente voz.

En cuanto llegó, tuvo que ocuparse de instalar su maleta en el camarote que le correspondía, y en seguida subió al puente con objeto de ver si al fin encontraba su desconocida inglesa.

El *Kabile*, como todos los vapores de las *Mensajerías Imperiales*, es un hermoso buque, largo de eslora, fino de casco, valiente en el mar y gran corredor.

Esto en cuanto á sus cualidades marineras; en cuanto al *confort*, su cocina no tenía nada que envidiar á las mejores fondas de Marsella, y sus cámaras son un modelo de lujo y buen gusto.

Encima de los camarotes de popa hay un precioso salon que sirve á la vez de comedor, salon de lectura y conversacion.

Adórnalo un piano, una chimenea de mármol negro, un gran espejo y dos armarios atestados de libros.

Cuando Gomez entró en él, estaba completamente desierto.

Todos los pasajeros estaban sobre la toldilla que forma el techo del salon, viendo unos los preparativos de la marcha con indiferente curiosidad; contemplando otros con lágrimas en los ojos la silueta de los altos edificios de la hija de Phoceo, la hermana de Roma, la rival de Cartago, que se miraba en las tranquilas aguas del puerto, en la cual se reflejaban sus innumerables faroles.

Era que unos viajaban por placer y otros dejaban en aquella ciudad, que parecia dormida, algun pedazo de su corazon.

Los viajeros estaban preocupados; extraños los unos á los otros, sin haber podido verse aun las caras, no habian tenido tiempo de trabar esas relaciones de viaje que tan pronto se anudan como se deshacen sin dejar quizás ningun recuerdo.

Un vientecillo frescachón silbaba por entre las jarcias y obligaba á los pasajeros á embozarse hasta los ojos en sus mantas de viaje.

Esta circunstancia hacia aún más difícil la empresa de Gomez, que corria de grupo en grupo, miraba y remiraba á todas las mujeres que se cruzaban con él, y sin embargo no daba con la misteriosa Deborah.

En tanto el *Kabile* habia levado y surcaba las aguas del puerto en demanda de alta mar; de suerte que cuando dejó el abrigo, cogiéndolo el viento á través, empezó á hacerlo bailar de una manera bastante incómoda para los viajeros no habituados á tales danzas.

Vióse entonces á los pasajeros desertar poco á poco en busca de los camarotes, con tanta prisa y

confusion como suele un ejército vencido retirarse del campo de batalla; los grupos se aclararon, y por fin pudo Gomez ver á la inglesa, envuelta en un elegante albornoz, recorrer á grandes pasos la cubierta, cogida del brazo de su padre.

Pero estaba escrito que aquella mujer debia ser un mito, un enigma viviente para el pobre jóven.

La veía, es decir, veia su vestido, pero le era imposible acercarse á ella.

El terrible mal que habia atacado á sus compañeros de viaje le obligó á retirarse con tanta precipitacion como ellos para buscar la posicion horizontal, que es la única que en estos casos parece la más cómoda.

Acosado por el mareo, bajó cuatro á cuatro las escaleras, llegó á la cámara, pero allí, perdiendo la poca fuerza que le quedaba, á oír los siniestros ruidos que dejaban escapar las entreabiertas puertas de algunos camarotes; entró en el suyo sin saber cómo y se dejó caer en su lecho exánime, completamente vencido, en un estado ridículo y lastimoso al propio tiempo.

Así pasaron tres dias, que á Gomez parecieron tres siglos.

Incapaz de moverse, hubiera perecido de necesidad sin los cuidados de un camarero, que de cuando en cuando le hacia tomar algunos caldos, único alimento que su estómago podia resistir.

A Diana nadie la cuidaba, y, sin embargo, no parecia encontrarse demasiado mal.

Ordinariamente pasaba el dia en el camarote al lado de su amo; pero de vez en cuando solia hacer sus largas escapatorias, de las cuales regresaba al parecer muy satisfecha.

Por fin llegó el cuarto dia, y los alegres gritos de los pasajeros hicieron alzar la cabeza á Gomez.

El movimiento, en efecto, disminuyó sensiblemente, cesó por completo poco despues, y el ancla cayó en el agua con pavoroso estrépito.

Sólo entonces pudo el jóven levantarse trabajosamente y cuidar un poco del aseo de su persona; terriblemente comprometido por su pasada indisposicion.

Cuando subió sobre cubierta vió desarrollarse ante sus ojos un panorama sorprendente.

La blanca Argel, saliendo como Vénus de las olas, subia con sus casas, mitad árabes, mitad europeas, la verde colina, en cuya cima se alza negro é imponente el fuerte emperador.

En el puerto una porcion de botes se alejaban del *Kabile* cargados de gente.

Era evidente que los pasajeros iban á tierra, unos por pasear, y por haber terminado su viaje otros.

Como la inglesa podia ser de este número, Go-

mez quiso cerciorarse, y llamando al camarero que le habia asistido, le preguntó:

—¿Conoces á unos ingleses que se han embarcado en Marsella?

—¿Quereis hablar tal vez de Lord Cagnigan y su hija?

—¿Los conoces?

—He leído su nombre en los baules.

—¿Se quedan en Argel?

—No señor; siguen hasta Túnez; pero han saltado en tierra para pasear un poco.

—Gomez hizo un gesto de disgusto. Despues de lo que habia sufrido, no le agradaba gran cosa prolongar el viaje, por lo cual preguntó con indecision.

—¿Está muy léjos Túnez?

—Dos dias no más; pero hacemos escala en Bona.

—Bueno, quiero seguir hasta Túnez; encárgate de tomarme el pasaje, mientras voy á dar una vuelta por Argel.

Diciendo esto, saltó en un bote que se balanceaba al pié de la escalera, y pocos momentos despues ponía el pié en la pátria de Atlante.

Gomez creia que Argel era una poblacion pequeña, donde no le seria difícil dar con Miss Deborah, pero bien pronto vió que se habia equivocado.

En cuanto saltó en tierra, se encontró en una ciudad europea tan regular y animada como Marsella.

Aquello era una nueva decepcion y Gomez perdió de todo punto la esperanza de encontrar á su inglesa; sin embargo, como no tenia nada que hacer y sí muchas ganas de andar, se internó por las calles, leyendo sus nombres, mirando los escaparates de las tiendas y entreteniendo el tiempo del mejor modo que podia.

Una hora hacia que duraba su paseo por Argel, cuando sintiéndose con apetito entró en un café, pidió de almorzar y leyó despues el *Journal des Debats* mientras fumaba un cigarro.

Cuando acabó de leer pagó, y al querer marcharse echó de menos á Diana.

En vano recorrió todo el café en busca de su perra; Diana no parecia y sin embargo, pocos momentos antes estaba á su lado consumiendo los restos del almuerzo.

Gomez se alarmó sériamente, porque Diana era una perra circunspecta, de buenas costumbres y parecia evidente que si no estaba al lado de su amo debia haberse perdido en aquella ciudad desconocida.

Convencido de que no estaba en el café, salió á la calle buscándola con afan por todas partes.

Antes de entrar en el café, miraba Gomez atentamente á todas las mujeres por ver si entre ellas

encontraba á la inglesa; y al salir no se ocupaba mas que de los individuos de la raza canina entre los cuales esperaba ver á Diana.

Preocupado con esta idea cruzó una y otra vez la parte nueva de la ciudad y trepó por las empinadas calles que forman la ciudad árabe, sin fijarse ni en las casas ni en los tipos indígenas que á cada paso se ofrecian á su vista.

De esta suerte llegó hasta la cumbre de la colina, y su mirada interrogó en vano el horizonte.

Nada, Diana no parecia. Argel estaba á sus piés, y más allá el agitado Mediterráneo.

Algunos mozos, montados á caballo y embozados en sus blancos albornoces, se dirigian á escape á la ciudad; pero Diana no parecia por ninguna parte.

Gomez la habia estado buscando todo el dia, y la hubiera buscado aún mucho tiempo; pero la noche se acercaba, el vapor debia marchar y no era cosa de perder el equipaje como habia perdido la perra.

El partido más prudente era volver á bordo, hacer que desembarcaran su baul, y una vez en Argel, y con más tiempo, buscar por todas partes á la vagabunda y anunciarla en todos los periódicos.

Excusado es decir que Gomez no pensaba ya en Miss Deborah, y que, antes bien, maldecia la hora en que la vió y en que tuvo el nécio capricho de seguirla.

Tristemente preocupado, ganó el muelle, se embarcó en un bote y llegó al costado del vapor cuando el sol se hundia detrás del cabo Matifú.

Pero cuál seria su asombro cuando al poner el pié en la escalera hirió sus oidos la alegre y conocida voz de Diana.

No era ilusion, era real y positivamente su querida perra, que festejaba su vuelta con sonoros ladridos.

Gomez no sabia qué pensar.

¿Cómo habia podido Diana perderse en el café y aparecer en el vapor?

Esto era un misterio cuya solucion debia Gomez esperar durante mucho tiempo.

Interrogados los marineros y mozos de cámara, nadie pudo decirle cómo la perra habia vuelto á bordo.

Habia entrado y salido tanta gente en el vapor, que nadie habia podido ocuparse de un incidente tan insignificante.

Aún no habia terminado sus indagaciones, cuando el buque, poniéndose en marcha, le obligó á buscar en el camarote refugio contra el mareo.

La inglesa, en tanto, seguia invisible.

JOSÉ ALVAREZ PEREZ.

(Continuará.)

UN SUEÑO.

AL SEÑOR DON ANTONIO AGUILAR.

Soñaba yo que tétrico y sombrío,
Horrendo calabozo me albergaba,
Y á los ayes del triste pecho mío,
Ni una voz compasiva contestaba.
¡Oh, qué dolor profundo,
Vivir así separado de este mundo!

De repente, se rasga con estruendo
El fuerte muro que mis ojos miran,
Y torrentes de luz entra vertiendo
La diosa del Amor, por quien supiran
Mis lábios con anhelo,
Creyendo ver, en su mirada, el cielo.

¡No veis el sol cuando despunta ufano
Bañando en oro la feraz colina,
El monte, el valle, la ciudad, el llano,
Y el mundo brilla con su luz divina?
Pues más brillan en sus ojos,
Que á Febo causan, si los mira, enojos.

Con su mano derecha torneada,
Copa sustenta de licor henchida;
Y asegura su boca perfumada
Que es elixir de amor, que da la vida.
Yo lo bebo sediento,
Y todo se trasforma en un momento.

A las altas regiones trasformado,
Yo me siento subir embebecido;
De la luna y estrellas rodeado,
En blanda luz y con placer mecido;
Y sus rayos de plata
Semejan una inmensa catarata.

Flota en el éter, sube á las alturas,
Rueda á mis piés el mundo planetario,
Distingo de sus masas las figuras,
Me inflama el pecho aliento extraordinario;
Y audaz el pensamiento
Elévase á la par del sentimiento.

A conocer voy ya la lumbre pura,
Los secretos del sol que dióme vida,
Su incomparable espléndida hermosura,
Su masa incandescente, enrojecida;
Y me preparo luego
A hacer mansion de su perenne fuego.

Mas la diosa me dice con misterio:
—El sol no puede ser lo que buscamos;
¡No ves cómo se mueve su hemisferio?
¡No ves cual se traslada? Vamos, vamos;
Y busquemos un centro,
Do al abrigo estarás de todo encuentro.

—¡Cómo puede ser eso? ¡No se ha escrito,
Y por todos los sábios aceptado,
Que centro no hallarán al infinito?—
La diosa respondió llena de enfado:
—Calle el presunto sabio,
Y selle el torpe y atrevido lábio.

Razon debió tener mi augusto guía,
Al dirigirme apóstrofe tan grave,
Y mi propia conciencia me decía
Que hablar no debe quien callar no sabe,
Y en silencio constante,
Pasamos á través del sol brillante.

Mas ¡qué veo? Furioso torbellino,
Lenguas de fuego rápidas circulan,
Montes de lava cruzan el camino,
Rojos fantasmas en tropel pululan;
Y rayos y centellas
Nos van siguiendo por do quier las huellas.

Ya salimos, por fin; mi débil vista
Hácia el frente distingue un sol gigante;
Yo no podré deciros cuánto dista,
Pero sí que es hermoso, deslumbrante:
Y tal su poderío,
Que arrastra á nuestro sol en el vacío.

Ese es el centro, digo entusiasmado,
Que el génio de mi diosa me decía;
Pero ¡qué ven mis ojos? ¡Desgraciado!
Llegó ya el desengaño que temía,
Si gira ese hemisferio,
Centro no puede ser ¡oh, qué misterio!

Llama increada, espíritu omnisciente,
Sér de los séres, luz del universo,
Alma del mundo, ¡oh Dios omnipotente!
Del justo premio, azote del perverso;
¡Dó estás que el alma mía
Sólo al buscarte encuentra la agonía?

La diosa me dirige una mirada,
En que veo brillar la inteligencia:
Después, con voz tranquila, reposada,
Animo, dice, ten más fé en la ciencia;
No tu amor disminuya,
Y busca á Dios en la conciencia tuya.

Pero ¡ay de mí! después de ese momento,
Las sombras de la muerte se extendieron
Sobre mis yertos ojos, y ¡oh portento!
Todos los mundos de repente huyeron.
Desperté fatigado,
En triste llanto y en sudor bañado.

LEOPOLDO PAREJO.

BOLETIN DE LAS ASOCIACIONES CIENTIFICAS.

ATENEO DE MADRID.

Cátedra del señor Vidart.

ESTUDIOS SOBRE LA HISTORIA MILITAR DE ESPAÑA.

VI

Advirtió el Sr. Vidart al comenzar su discurso, que la conferencia que iba á explicar, podía ser considerada como digresion necesaria del asunto relativo á las fuentes bibliográficas para el conocimiento de la historia militar de España, de que en las anteriores conferencias se habia ocupado.

Dijo, que las historias militares de las dos naciones en que hoy se halla dividida la Península ibérica, constituyen, tanto por su asunto, cuanto por el mútuo enlace de los acontecimientos que en ellas han de ser relatados, una sola y verdadera historia militar, cuya unidad no podría ser destruida sin que resultase un trabajo á todas luces incompleto. Para demostrar la exactitud de este aserto, recordó que Portugal y España constituyeron un solo pueblo desde los primeros tiempos que históricamente se conocen, hasta el siglo XI, y que por consecuencia, durante este período no cabe duda que una sola es la historia militar, como toda otra historia, de la Península Ibérica.

En el siglo XI comienza á constituirse la nacionalidad portuguesa, pero en aquel entonces, la Península se hallaba dividida en varios reinos independientes, y claro es que su historia tiene que abrazar la de todos los Estados, así árabes como cristianos, que existian en el territorio cuya expresion geográfica se halla marcada por la cordillera pirenaica y por las costas que bañan el Océano y el Mediterráneo, al mezclar sus aguas en el estrecho de Gibraltar.

Al formarse la actual unidad del pueblo español en la época de los Reyes Católicos, Portugal, por una fatalidad nunca bastante lamentada, quedó separado de España; pero no por esto se puede separar su historia militar de la que debía ser patria comun de todos los peninsulares, la primitiva y gloriosa Iberia. La causa de la necesaria unidad histórica de los dos pueblos ibéricos, á pesar de su separacion política, consiste, segun el señor Vidart, en que la comunidad de sus intereses, la relacion íntima que les da su situacion geográfica y la aspiracion constante que existe en ellos á constituir una sola nacion, forman tales lazos y crean tan gran número de relaciones entre ambas nacionalidades, que necesaria y fatalmente la historia

de Portugal y de España, guardan entre sí tal semejanza, tal paralelismo, si vale la frase, que sorprende y admira al que atentamente lo observa en la lectura de sus anales.

Dijo que además de estas razones generales, existian otras, que obligaban á tratar de la historia militar de Portugal al escribir la de España; pues las guerras entre los dos pueblos peninsulares han sido frecuentísimas, y que no podía suceder de otro modo, porque España ha querido, en los tiempos pasados, que Portugal viniese á formar parte de su nacionalidad, y ha empleado para ello el único medio que en aquel entonces se usaba, la conquista por medio de la fuerza. Manifestó que el progreso de la civilizacion habia puesto término á estas sangrientas luchas entre Portugal y España, pues en la actualidad todos los partidarios de la union ibérica querian que ésta se realizase por medios exclusivamente pacíficos, consiguiendo que españoles y portugueses lleguen á convencerse de que separados, sólo forman dos naciones de escasa importancia política, y de que unidos constituirian una Iberia fuerte y poderosa, que tendria 22 millones de poblacion en la Península é importantes colonias en Africa, Asia, América y Océania.

Insistió el Sr. Vidart, en que, hasta en estos últimos tiempos, la historia militar de Portugal y España conservaba su unidad durante la guerra de la Independencia, pues juntos combatieron portugueses y españoles contra las huestes napoleónicas, y que las guerras civiles entre liberales y absolutistas, que han ensangretados los campos de la Península, deben ser estudiadas comparativamente, para hacer notar la influencia del terreno en este género de luchas.

Hizo notar el buen acuerdo con que el general don José Gomez Arteche habia reunido en un solo libro todo lo concerniente al conocimiento militar del territorio de la Península, escribiendo su *Geografía militar de España y Portugal*.

De todas las consideraciones apuntadas deducia el orador que las fuentes bibliográficas que sirviesen para el estudio de la historia militar de Portugal, debieran de considerarse como parte integrante de las que sirven para el conocimiento de la historia militar de nuestra patria.

Otra consideracion que, segun el Sr. Vidart, debía tenerse muy en cuenta, es que la unidad de la historia militar, no puede ni debe romperse tratando por separado de las empresas que llevan á cabo los ejércitos terrestres, sin ocuparse de los acontecimientos militares que en los mares se verifican; pues la guerra terrestre y marítima suele verificarse simultáneamente, y simultáneamente debe ser estudiada.

Dijo, que la historia de la marina militar de España había ocupado ya las doctas plumas de D. José de Vargas y Ponce y de D. Martín Fernández de Navarrete; recordando también los notables escritos que ha publicado acerca de esta materia el erudito capitán de navío D. Francisco Javier de Salas y el distinguido escritor Sr. Fernández Duro. Con este motivo habló extensamente acerca de los libros del Sr. Salas, titulados: *Historia de la matrícula de mar y Marina española*; y después manifestó su sentimiento de que este autor no haya concluido aún la obra que comenzó a publicar hace años, intitulada *Marina española de la Edad Media*, la cual constituye una verdadera historia, escrita con gran imparcialidad de nuestra marina de guerra durante aquellos oscuros tiempos que en su título se indican.

Resumió el Sr. Vidart el pensamiento de su conferencia, diciendo que al ocuparse de las fuentes bibliográficas para el estudio de la historia militar de España, debieran tenerse presentes todos los libros en que se hallasen noticias referentes a la historia militar de Portugal y a la historia de la marina de guerra de los dos pueblos peninsulares; y que por esta causa, el verdadero título de una obra escrita, según el plan que venía indicando, debiera ser: *Historia militar de la Península Ibérica ó de los pueblos ibéricos*.

VII.

La bandera española, dijo el Sr. Vidart después de un corto exordio, ha tremolado triunfante en campos de batalla situados en las cinco partes del mundo, y de aquí se deduce la gran dificultad que existe para poder escribir científicamente la historia militar de España; pues no bastando para ello el sencillo relato de los hechos, y siendo necesario ante todo y sobre todo el conocimiento del terreno, la exacta apreciación topográfica del teatro de la guerra, puede afirmarse sin exageración, que la historia militar de España requiere, en el que intento escribirla, el conocimiento de la geografía militar de la mayor parte del mundo.

La consideración indicada pone en punto de evidencia el enlace de la historia militar de nuestra patria con la de otros muchísimos pueblos, y por lo tanto, que en las historias generales de estos pueblos han de hallarse datos y noticias de interés para el asunto que es objeto de las conferencias que el orador está explicando.

Las fuentes bibliográficas extranjeras que pueden servir para el conocimiento de la historia militar de España, son muy numerosas y por extremo importantes, según fácilmente se comprende después de las consideraciones antedichas.

El estudio de los autores extranjeros que se ocupan de asuntos referentes a la historia de España, es muy conveniente para no caer en las exageraciones que un patriotismo mal entendido, de un particularismo anti-humano, que sólo ve altas cualidades en los propios, y defectos sin número en los extraños.

Mediante la comparación entre el relato de los hechos, según aparece en los autores nacionales y los extranjeros, cabe formar juicio, que probablemente debe ajustarse a la santa verdad que la historia requiere.

El entusiasmo patriótico suele encubrir los errores y presentar la injusticia con las apariencias de la razón; por lo contrario, el rencor del extranjero, ya humillado ó ya vencido en los campos de batalla, suele manchar con la injuria ó la calumnia la memoria de los más esclarecidos héroes; y fundándose en estas consideraciones, deben leerse los autores nacionales, acogiendo con reserva los elogios que el entusiasmo inspira, y en los autores extranjeros, hay que examinar detenidamente las razones y los hechos en que sus censuras se apoyan.

Al llegar aquí, manifestó el Sr. Vidart que insensiblemente se había ido separando del objeto que se había propuesto tratar en su conferencia, ocupándose de la conveniencia que alcanza el estudio de las fuentes bibliográficas extranjeras para el cabal conocimiento de la historia militar de España, antes de señalar cuáles y cuántas son estas fuentes bibliográficas.

Dijo que existía una clase de libros que merecían consideración y meditado estudio, por lo mucho que podían servir para formar criterio acerca de los hechos dudosos de nuestra historia nacional. Estos libros eran los que estaban escritos por autores extranjeros; pero los cuales trataban de asuntos ajenos a la nacionalidad a que su autor pertenecía. Citó, como comprendidos en este grupo de libros, algunas obras históricas de Dozy, Washington-Irving, Prescott, Mignet y Gachard, cuyo examen es interesantísimo para formar juicio acerca de hechos y personajes, que aparecen en nuestra historia, rodeados del misterio de lo desconocido y desfigurados por la pasión de sus contemporáneos, ya amigos ó ya adversarios.

En este género de obras, cuyo autor trata de acontecimientos en que su patria no ha intervenido, puede esperarse que existan dotes de grandísima imparcialidad; pero también debe temerse que se note en ellas más ó menos desconocimiento de los caracteres propios y del sentido íntimo del pueblo ó pueblos cuya vida histórica se relata. Lo contrario acontece en los libros a que se refieren hechos pertenecientes a la historia de España

en sus guerras extranjeras, por historiadores de las naciones contra las cuales ha combatido, pues entonces falta casi por completo la imparcialidad del criterio, si bien se halan datos interesantes para formar idea del verdadero carácter del pueblo á que el historiador pertenece, y aún de los defectos y extravío de los soldados que contra él guerreaban.

Aquí puso término á esta conferencia el señor Vidart, dejando para las siguientes el exámen y clasificacion de las fuentes bibliográficas extranjeras, que deben ser consultadas por el que intente escribir la historia militar de España.

Institucion libre de enseñanza.

«LA MORFOLOGÍA DE HAECKEL: ANTECEDENTES Y CRÍTICA,» POR EL PROFESOR D. AUGUSTO G. DE LINARES.

VI

Afirmada esta unidad abstracta de los seres naturales, Haeckel se pregunta sobre el origen y diferencias de los organismos. La autogonia, que admite para explicar su aparicion en la superficie de la Tierra, es una imposicion de su sentido general, ya juzgado. El error que implica aquella, es manifiesto: consiste en suponer que los organismos terrestres nacieron del concurso fortuito de sustancias y fuerzas generales. Si estas pertenecen siempre á seres naturales determinados, y representan funciones especiales de su vida toda, la Tierra es el organismo que trasmitió la suya á los primeros que se formaron en ella. No hay pues, autogonia: todo individuo natural supone otro preexistente, sea de su género, sea de género diverso. La vida se trasmite; no se crea por la pura iniciativa del sér que nace.

Las diferencias de los organismos, las explica Haeckel por la aparicion de móneras diversas, que son los antecesores de las series genealógicas, ó estirpes, derivadas de ellos por metamorfismo gradual: como la segunda parte de su libro está consagrada á legitimar esta hipótesis, no es esta la ocasion de juzgar su anticipacion sobre este punto.

Finalmente: sustituidas las estirpes á los reinos, antes admitidos, afirma que animal y vegetal (incluyendo al hombre en el primero) no defieren en absoluto; y que existe un organismo mediador indiferente, el Protista. Con el nombre de "reino de los protorganismos," habia ya Carus sostenido la necesidad de este intermedio: el criterio que le habia guiado, no era meramente empírico, como

el de Haeckel; sino penetrado de exigencias ideales. Porque no sea posible distinguir hoy si es animal ó vegetal un organismo, no se sigue que nos lo será siempre, ni ménos la necesidad de instituir para él una nueva categoría natural. Con mejor sentido, aunque no legitimo, sin embargo, Carus piensa que la Naturaleza, cuyas oposiciones brotan siempre de unidad precedente, antes de revelarse en la contrariedad de animales y vegetales, debe afirmar su unidad comun en el reino especial, de que arrancan luego divergentes los otros dos: el error de Carus está en exigir una representacion *sensible* de la unidad *esencial* de vegetales y animales, lo cual es absurdo. Lo esencial, como tal, no cabe todo en una expresion limitada. La pretension de este insigne naturalista es comparable á la de la moderna Química, que busca la unidad de la materia en una sustancia especial, el hidrógeno, p. ej., ú otra cualquiera.

Relativamente á la posibilidad de distinguir en absoluto á los organismos de los otros reinos entre sí, importa notar que se pone Haeckel en lo justo, al sostener que no hay característica definitiva posible. Pero si, en vez de apelar á fenómenos más ó ménos comprensivos, se atiende á la ley total de la vida, se advierte luego, que á las fases de evolucion de cada organismo individual (caracterizadas respectivamente por el predominio de la unidad indistinta, de la variedad despues, y la ponderacion armónica por fin, de ambos elementos), deben corresponder, y corresponden de hecho, en la Naturaleza, como esferas permanentes de su vida infinita, reinos de seres que ofrezcan perpétuamente estas notas en su organizacion. El reino sidéreo es el reino de la totalidad; el vegeto-animal ó fitozóico, el del predominio de las partes; y el antrópico, el de la síntesis armónica. Así lo revela el igual desarrollo en el hombre de todos los sistemas y partes, predominantes siempre de diverso modo en los distintos animales; y es irracional, por tanto, buscar en éste ó aquel órgano del hombre y de los vertebrados su diferencia. Antes al contrario: si existiera una diferencia de esta clase, seria preciso contar á aquel entre los *Primates*, precisamente por la misma ley que sirve de fundamento á los reinos.